



BIOGRAFIA DE UN PEZ

MARIO MONTEFORTE
TOLEDO

Edición electrónica

1º de marzo de 2025

Foto de portada:

“Pez come sol” por Pepo Toledo

www.pepotoledo.com

Contenido

I - EN EL PAÍS DEL AGUA DULCE	8
II - LAS FAUCES DEL MAR.....	16
III - PURGATORIO DE CRISTAL.....	22
IV - DUEÑO DE UNA ESTRELLA.....	31
V - EL CEMENTERIO MARINO	39
VI - EL LEJANO ORIENTE	48
VII - SU PRIMER SIRENA	56

VIII - LA GRAN VÍA BLANCA.....	66
IX - INCENDIO DONDE NACIÓ LA TIERRA.....	75
X - EL REY DEL MAR.....	82
XI - GUERRA FRÍA.....	90
XII - ZIP, SOLDADO	99
XIII - TIBURONES A LA OFENSIVA	110
XIV - COMPILACIONES INTERNACIONALES	116
XV - UN MUNDO CON RELOJ	123
XVI - EL ALCALDE DEL CORAZÓN	133
XVII - MAGIA DE CARACOL	141
XVIII - EL OCASO DE LAS SIRENAS	152
XIX - LA HERENCIA DEL MAR	162

Para la Morena, mi hija

Esta historia fue escrita mientras hervía la guerra sobre toda la redondez del mundo, y me creo en el deber de publicarla para que se conozcan mejor el pensamiento de los peces y sus relaciones internacionales con quienes son sus semejantes, pero no sus iguales.

Está destinada a niños grandes y a quienes no se resignan a dejar de serlo.

Mario Monteforte Toledo

En 1942 Mario Monteforte Toledo publica la primera edición de *Biography of a Fish*, noveleta, sátira sobre Estados Unidos y la Guerra, con ilustraciones de Rufino Tamayo —que vive en el mismo edificio que Monteforte en Greenwich Village—.

Edición (ya inencontrable) del peruano Gonzalo More, artífice del oficio, amigo del Cholo Vallejo en París y socio de Anaïs en su pequeño taller de obras de bibliófilo.

La segunda edición fue hecha en español en 1950, con ilustración de Arturo Martínez.

Biografía de un pez es el primer libro escrito por Mario Monteforte Toledo.

I - EN EL PAÍS DEL AGUA DULCE

Este era un pez. Nada tiene de extraño ser un pez cuando se vive en el agua, la cual en sí misma es un líquido y milagro.

Sin embargo, este pez no era como todos. En primer lugar, no tenía esos magníficos colores que mueven a los poetas a decir que el agua parece una mina de piedras preciosas; además era hijo único. Su madre, que desde pequeña tenía una mirada triste de solitaria, se tragó un anzuelo y desapareció para siempre; su padre se fue con una hermosa mojarra, y el pescadito quedó abandonado a su suerte.

Desde que era muy chico vagó entre algas y tules, arrebatando migajas en las amenazadoras fauces de otros seres acuáticos y aprovechando las

corrientes para escapar de los apetitos de los peces grandes, que, como todo el mundo sabe, se comen a los más chicos. Apenas consiguió que las personas respetables lo confundieran con esos vagabundos nocivos al orden público; pero la modestia de sus gustos y la moderación de sus convicciones le salvaron.

El pez nunca fue a la escuela. ¿Para qué ir a la escuela? Ambulando por el vasto mundo del agua, aprendió cómo se hace para llevarse bien con todos y para no perder su gracia; era muy fácil: decir que sí y hablar menos que escuchar. Aprendió también que se muere alguna vez y de alguna manera, y que por eso no hay que temer a la muerte. Según podía comprenderlo, esto era suficiente para vivir en paz, sin más ciencia ni conocimientos.

La escuela era un lugar horrible. En una sombría cueva, una pescada bizca impartía monótonas explicaciones con aguda voz, sentada en una lata de espárragos que algún hombre había arrojado desde un bote. En este trono, con un varejón entre las aletas, enseñaba a los alumnos a sumar, a cantar himnos patrióticos y a escudriñar cuanta cosa bella había en el agua, pues era de opinión que no se debe vivir de engañosas apariencias. Al

mismo tiempo, distribuía equitativamente golpes en la cabeza de los haraganes, que desde luego eran la mayoría de la clase.

Los alumnos hubiesen preferido mirar por la ventana; porque la escuela tenía una ventana que daba sobre la profundidad del agua. Pero la profesora la había condenado con unas latas de gasolina para forzar a sus discípulos a atender sus explicaciones, las cuales flotaban en forma de burbujas.

Por estas y otras razones, el pececito no fue a la escuela, prefiriendo aprender por sí solo en la documentación inagotable que vibraba por todas partes.

El mundo del pescadito no era el océano, ni siquiera uno de los siete mares, sino un lago que como todos los lagos antes fue río y antes fue nube que se deshizo en aguaceros. El lago se llamaba Atitlán y lamía las faldas de enormes cerros y de tres volcanes que rascaban el cielo.

Como todos los que conocen un solo rincón del mundo, el pececito estaba convencido de que el único país donde valía la pena vivir era el suyo, especialmente cuando nadaba entre cavernas cubiertas de musgo o pasaba frente a playas de arena tan fina que parecía espuma, o cuando abriéndose

paso entre la vegetación, mordisqueaba los rosados pies de los patitos que chillaban de hambre en sus nidos, hasta que acudían los patos grandes a picotearle la cabeza.

Decían los viejos peces que el mundo estaba dividido en dos partes: la tierra y el agua. Sobre la tierra vivían los hombres que, entre otras cosas, se ocupaban de arrojar anzuelos y redes para atrapar a los peces desprevenidos o glotones. El agua era el mundo real y cotidiano, que hubiera sido completo de poseer un cielo; pero, por razones desconocidas, el cielo de los lagos era el mar, y allá iban a parar todos los peces que no habían sido demasiado malos.

Y lo mismo que los hombres morían dentro del agua, los peces se asfixiaban en la atmósfera de los hombres.

Para el pececito esto no era muy claro; porque los viejos peces decían muchas cosas que no eran verdad, simplemente con el derecho de haber vivido más que muchos, como si eso equivaliera a un título universitario.

Había vislumbrado algunos misterios del mundo de los hombres. Uno de sus entretenimientos favoritos consistía en viajar desde el fondo hasta

la superficie. Lentamente los colores cambiaban del violeta, casi negro, al azul, al verde, hasta que la visión se perdía en una superficie donde se reflejaba el alto cielo del hombre. Luego sacaba la cabeza entre la cresta de alguna ola y echaba a andar la vista sobre el paisaje. Los pueblecitos, con sus luces parpadeantes y sus volutas de humo, se agarraban al pie de las montañas. Arriba estaban los pájaros, mucho más rápidos que los peces, y más arriba aun, el cielo, radiante si era de día, misterioso y surcado por las estrellas, si era de noche. Pero al pececito le faltaba aliento y siempre regresaba al agua sin acabar de ver. Es horrible, pensaba, que le falte a uno el aliento para ver las estrellas.

Contaba con un solo enemigo, fuerte pero tonto. Era un pez amarillo por cuya boca entreabierta asomaban dientes que helaban la sangre. Conocía todos los rincones donde el pececito buscaba refugio y libertad; en cuanto lo divisaba se le ponían los ojos colorados, le salían de las fauces burbujas amarillentas y no dejaba de perseguirlo hasta que el pececito entraba como centella en alguna rajadura de las piedras y se echaba a dormir tranquilamente. El pez amarillo

se aburría al fin y se iba con su odio renovado.

En realidad, no había mayor razón para semejante animosidad. Un día el pescadito vio que la tradicional cuerda del pescador se balanceaba suavemente, con su anzuelo disimulado entre un gusano. Según el procedimiento tan conocido entre los más listos habitantes del lago, se comió cautelosamente el bocado y se lavó los dientes con un cepillito que había hecho de raíces. Cuando vio el anzuelo, ridículo y desnudo, pensó en divertirse porque como de costumbre no tenía mayor cosa que hacer. El pez amarillo estaba por ahí adormilado sobre un rollo de cables; se había empinado el resto de una botella de licor que despreciara algún turista de los que surcaban el lago y como le dolía la cabeza con la luz, se puso dos tapas de cerveza sobre los ojos. El pecesito condujo el anzuelo con el mayor cuidado hasta ensartarlo en la cola del pez amarillo. Cuando el pescador sintió que algo se movía allá abajo, tiró de la línea de golpe y allá se fue la víctima, con la expresión del que sabe que ha llegado su última hora. Por fortuna, a pocos metros de la superficie encontró una planta de grandes hojas donde ensartó los dientes con todas sus

fuerzas. El anzuelo le rasgó la cola y desapareció... Eso era lo único que había hecho el pececito.

Los demás peces del lago eran sus amigos. Les simpatizaba aquella pequeña criatura que se mantenía fuera de todas las reglas y vivía su pequeña vida sin alardes.

Aunque era tan joven, ya había aprendido que lo más importante es gozar de cada momento, sin averiguar qué es el gran antes y el gran después.

Nada significaban las estaciones en el lago; excepto la temperatura del agua, que subía o bajaba, lo que acontecía en el mundo de los hombres no afectaba aquella serena profundidad. Al pececito le gustaba el invierno porque entonces caían gruesas gotas del cielo, que solía recibir con la boca abierta y lanzar después en un delgado chorro, una vez había hecho gárgaras con ellas. Pensaba que la lluvia no era más que agua de cualquier lago que se había desbitocado allá en las alturas.

En el verano se levantaba de la superficie un vapor tan denso que a veces lo sacaba del agua. Esto lo asustaba muchísimo, haciéndole emprender fuga hasta los más sombríos fondos.

De noche, las luces de las estrellas picaban el agua como lanzas y

danzaban en los ojos de los peces dormidos. A veces la luna bajaba demasiado, como queriendo bañarse, y todo el lago se cubría de una lámina plateada, sólo turbado por lentos remolinos. Había peces tan cándidos que creían que las luces de las estrellas eran migajas y se las tragaban.

Pero ni la noche ni el día eran parte del lago, aunque, ciertamente, cuando llegaba la aurora, los peces solían ir colectivamente a las márgenes para mirar cómo bebían los pájaros y los animales de montaña, que con los ojos cerrados, venteaban la mañana y seguían bebiendo como si fuesen a acabarse el agua.

Así era la vida del lago, donde sólo de vez en cuando pasaba algo importante.

II - LAS FAUCES DEL MAR

Tibia amaneció el agua. Todos los colores se desparramaron conforme el sol mostró su cara roja.

Así como al amanecer los pájaros cantan, los peces se echan a corretear entre la vegetación.

Fue a esa hora cuando el pececito encontró a la pececita verde. Era tan verde que parecía un juguete de los niños del mundo. Puntos dorados iluminaban el centro de sus ojos, y cuando movía la cola parecía jugar con un abanico. Le habían dicho que los peces tienen la sangre eternamente fría; entonces supo que no era verdad.

La pececita no reparó en él; cortejada por los personajes más notables del lago, mal podía fijarse en

tan insignificante criatura. Ante aquel prodigio de gracia, él enmudeció y se puso encarnado, a pesar de que era más bien azul.

Los peces se hacen el amor según el viejo procedimiento que a los interesados siempre les parece nuevo. El pececito realizó todas las tonterías a su alcance hasta que ella sonrió, como sonríen los peces. Él sintió que el lago se transformaba en una tupida constelación; la cabeza le daba vueltas... Y desde aquel día fue completamente feliz.

Juntos rondaban por los más desiertos lugares del lago. Él le mostró los panoramas, las cuevas donde el rocío se colgaba en las telas de las arañas, las rocas cubiertas por espesos líquenes, el tejido pálido que formaban las raíces provenientes de la tierra de los hombres.

Uno de sus sitios predilectos era la playa donde las muchachas indias se bañaban desnudas, como los peces y los animales buenos. El agua resbalaba sobre su piel cetrina, sobre sus brazos y sus piernas, que movían desesperadamente para mantenerse a flote mientras su cabello se extendía como una mancha de petróleo. Los pececitos se divertían haciéndoles cosquillas con sus aletas.

En vista de semejante vida, tan apacible y tan llena, el pececito dedujo que no era tan malo ser pez, especialmente cuando se tiene compañera, una especie de joya que nada junto a uno y sonríe.

Una mañana el lago estaba quieto: ni una nube en el cielo, ni una racha de viento; de tiempo en tiempo algún pez saltaba fuera del agua y ca a entre una discreta espiral.

El pececito nadaba bajo la sombra de los volcanes, mordisqueando flores y plantas, mientras la pececita hacía arabescos entre los matorrales. Los patos roncaban en la playa vacía. Cerca de la arena se divisaban las doradas cabelleras del maizal, que los hombres plantaban al empezar las lluvias y cosechaban cuando el aire se ponía helado.

— Te has dado cuenta de que el hombre necesita sembrar su comida?

—preguntó el

—No me había fijado —
respondió ella, sin dejar sus juegos.

—Debe ser muy triste perder el tiempo en eso.  Por qué no se comerán las plantas que ya existen, en vez de trabajar tan duro para que crezcan nuevas plantas? He visto campos como esos por todas partes. Debe haber

muchos hombres en ese mundo. Siempre están buscando qué hacer; imagínate que hasta aquí vienen a echar anzuelos para ver si encuentran bobos.

La pescadita estaba encantada de la seriedad de su compañero. De repente se detuvo y lo miró.

—Oye, es muy extraño que no tengas nombre. Mejor te pongo uno, para llamarte cuando estés lejos y para acordarme de ti.

—Pero si nunca necesitarás llamarme, porque no me separaré de ti... Además, cuando quieras tenerme cerca, nomás piensa en mí. Eso es suficiente para que yo acuda.

—Sí, es cierto. Pero de todos modos quiero ponerte nombre.

—Bueno; ponme como quieras.

—Debe ser uno que vaya con tu cara, con tu personalidad. Un nombre corto, no muy pretencioso. Zip... Eso es: Zip. Los peces no tienen nombre; pero tu serás diferente.

El pececito siguió comiéndose unas flores rojas que crecían a la entrada de una cueva.

—Está bueno —respondió desganado — me llamaré Zip.

Y siguieron vagando a lo largo de la costa del lago de Atitlán.

De pronto a Zip le avisó su corazón que algo iba a ocurrir, algo triste e irreparable. Se volvió rápidamente y vio a su único enemigo, el pez amarillo, que entre un torbellino formado por sus poderosas aletas y su cola se desplazaba hacia ellos.

—¡Nada, pececita; nada con todas tus fuerzas! —gritó.

Emprendieron una vertiginosa fuga. El pez amarillo traía las fauces abiertas y los ojos de cólera; un líquido verdoso se escapaba de sus agallas.

Los pececitos perdían terreno. Cada momento era más próximo el rechinar de dientes del enemigo y el rugido de su garganta.

—¡Nada con toda tu alma! —animaba Zip, calculando que si lograban llegar a los acantilados podrían refugiarse entre las grietas donde el pez grande no cabía.

Entonces pasó algo terrible. El lago hizo un ruido sofocado, como el retumbo que se oye en el corazón de los volcanes cuando está naciendo un terremoto. El agua formaba un remolino cada vez más rápido, donde giraban palos y hojas medio destruidas.

—¡Zip, Zip, el desagüe del lago! —gritó aterrorizada la pececita.

Era el Maelstrom del lago de Atitlán, la salida hacia el mar. Por ese

túnel misterioso desaparecían los peces muertos. Los viejos solían repetir sentenciosamente: “Hay que tener cuidado con la costa del Sur. Allí está el abismo de donde no se vuelve”.

¡Cuántas veces se había mofado Zip de estas advertencias!

El pez amarillo había logrado dar alcance a la pececita y cogiéndola por la cola, nadaba contra la corriente, escapando a la succión del embudo.

El ruido se hacía más y más ensordecedor. Grandes rocas pegaban una contra otra, como si fuera a partirse el mundo. Cadáveres de peces y flores destrozadas pasaban junto a Zip, aumentando su angustia. Los colores fueron desapareciendo hasta que todo se hizo intensamente negro.

Un ronco estruendo apagó todo lo demás. Y luego, el silencio.

III - PURGATORIO DE CRISTAL

Una extraña comarca abrióse ante sus ojos apenas empezó a recuperar noción de las cosas. El agua lo arrastraba lentamente. Por primera vez supo que un río es una especie de lago que se disuelve y viaja sin cesar. Peces que no conocía se le acercaban y murmuraban al verle tan maltrecho. Le dolía la cabeza.

Procuró entender lo que había pasado: la loca fuga, los colores que desaparecían, las formas enloquecidas que poblaban el túnel, el tumulto de estampidos y corrientes; luego la nada. Y llegó a la conclusión de que estaba muerto. ¿Por qué no? Después de todo, los que mueren no pueden regresar al mundo para contarlo.

Evidentemente, el río iba al mar, que es el cielo de los peces. No podía dejar de ir al cielo, porque consideraba que no había sido lo bastante malo. Sus únicos actos condenables --que además conocían todos los habitantes del lago —fueron renegar de la escuela, comparar a la maestra con los cochinitos de las playas y estropearle la cola al pez amarillo. Pero a su entender, eso no le impediría gozar de la gloria.

El sol era más fuerte que en Atitlán y reflejaba en el agua enormes árboles agobiados del follaje. Animales con poderosas cornamentas y ojos dulces pastaban en los prados. El agua era más cálida que en ninguna parte del lago.

De vez en cuando el agua corría con espantable velocidad y brincaba en espumosas cascadas. Zip se creía volar y el miedo le rascaba el estómago; pero el viaje continuaba y el miedo se le disipaba al encontrar nuevas criaturas y nuevas formas. Nunca había visto algo parecido a esos rojos pájaros que planeaban sobre el río agitando las alas y parloteando casi como los hombres.

Todo iba bien. Al fin de cuentas la muerte no tiene remedio, porque si lo tuviera no existiría. Aunque a Zip le angustiaba dejar a la pececita bajo la amenaza de su odiado enemigo, que a

lo mejor ya se la había comido. Esa era la verdadera tragedia de morirse: dejar a los vivos y no volver a saber de ellos nunca más. Porque, aunque se muriera la pececita pronto, ¿cómo podría encontrarlo en la vastedad de los océanos a él, que era tan poquita cosa?

Entonces se sintió muy desgraciado y decidió llorar. Los peces no lloran porque sus lágrimas se mezclarían con el agua y ellos juzgan que es tonto hacer un esfuerzo que nadie aprecia. Pero el ambiente del río le iluminaba espléndidas ideas; de modo que, sacando la cabeza sobre la superficie, empezó a derramar copiosas lágrimas que caían al agua con un chasquido breve.

Los pájaros seguían cantando y nada se afectó con el llanto de Zip. Ni siquiera los insectos que merodeaban por las márgenes dejaron sus numerosas actividades.

En ese momento su hociquito pegó contra algo elástico y duro. Era una especie de cesta, parecida a las nasas que los indios sumergían en el lago para atrapar peces aún más chicos que él. Quiso retroceder, virar rápidamente; pero la corriente del río se lo impidió. La cólera le hizo murmurar las pocas malas palabras que sabía. ¡Él, un experto vagabundo que conocía

todos los trucos, encerrado en una trampa! ¡Y justamente cuando iba a llegar al cielo!

Un apéndice parecido a una raíz de cinco rosadas puntas penetró en la cesta y lo aprisionó por todas partes, cual si fuera un gusano. Fueron sacándolo poco a poco del agua. Zip vio una cabeza dorada y dos ojos azules, y una boca que se entreabría mostrando alegremente su pareja dentadura. Finalmente lo echaron de cabeza entre una botella.

Atontado por los seguros movimientos de la criatura de cabello dorado, Zip no supo exactamente lo que pasaba. Cuando vino a darse cuenta se encontraba dentro de un globo, al cual se acercaban cinco pares de ojos muy grandes.

Zip estaba indignadísimo. Consideraba un insulto que jugaran con uno cuando estaba muerto. Y lo peor era que no podía escapar, porque cada vez que lo intentaba se aplastaba la nariz contra la pared de su prisión, que era del mismo material que las botellas.

Pasaban los días y la situación no cambiaba en lo más mínimo. Las manos dejaban caer dentro de la pecera los bocaditos más apetitosos. El pececito sabía que nadie come en el cielo, de modo que cuando sintió

hambre y encontró gusto en engullir las viandas que le daban, llegó a la conclusión de que el globo de vidrio no era el cielo sino el purgatorio de los peces.

El recuerdo de la pececita verde lo atormentaba continuamente, así como aquella repentina muerte que él no había querido; aunque quizá no se tratara de la muerte, puesto que según decían los viejos, la muerte es una especie de liberación y él se hallaba en cautiverio, bonito, pero cautiverio al fin.

Ante semejantes dudas, resolvió hacer la última prueba, una prueba definitiva que no podía fallar: fue a un rincón de la pecera y entre unas piedrecitas de colores, hizo popó... Entonces comprendió que estaba vivo, absolutamente vivo, y que en vista de que su desgraciada situación no tenía visos de cambiar, lo procedente era suicidarse.

Pensó en morir ahogado; pero le pareció ridículo que un pez se ahogara y además, nadie iba a creerlo. Acudieron a su mente algunas otras ideas; mas las fue desechando una a una. Por último, encontró la solución: considerando que era un prisionero, se declararía en huelga de hambre.

Tostaditas con mantequilla,
pedacitos de pastel y de dulce,

gusanillos de blanca carne, de todo emplearon sus captores para ablandar su decisión; especialmente la niña de los cabellos dorados, que se pasaba el día entero con la nariz pegada a la pecera, con los ojos empañados de lágrimas al ver que Zip enflaquecía poco a poco.

El aspecto del pececito era impresionante. Envuelto en una hoja blanca que encontrara en el fondo de la pecera, en la inmóvil posición que había oído decir que adoptaban algunos hombres en esos casos, esperaba estoicamente el fin.

El esqueleto comenzó a apuntarle bajo la piel. Grandes círculos le circundaban los ojos y empezó a ver visiones, extrañas figuras que penetraban entre su cárcel, creptando y ondulando, hasta llenarla completamente. Después la pecera tomaba las más absurdas formas, achatándose, hinchándose y estirándose con un chirrido que llegaba hasta los huesos.

Transcurrió el sexto día, y él sin probar bocado.

Una vez más la niña de los cabellos dorados sumergió sus dedos tibios entre el agua y, tomando a Zip delicadamente, le amarró una bolsita de hielo a la cabeza.

El pececito estaba furioso. Aquél le pareció un acto totalmente denigrante. Suponer que le dolía la cabeza... ¡Qué estupidez! Había oído decir que las mujeres eran así: muy cariñosas, pero muy incomprensivas, y aún capaces de aprisionarlo a uno en un globo de cristal.

El caso se había vuelto intolerable. Los gusanos se reían en sus barbas al saber de fijo que no se los comería, y estaban engordando de tanto devorar lo que él rehusaba con heroica integridad. De no haber sido porque le parecía inadecuado para tan supremos instantes, hubiese dado de coscorriones a esos impertinentes bichos, que si estaban vivos era por una milagrosa casualidad.

Al séptimo día Zip estaba agotado, tanto que no hubiese podido comer ni por su propia voluntad. Juntando todas sus fuerzas, dedicó un último recuerdo a la pececita verde y esperó resignadamente el fin.

Pero los rosados dedos de la niña llegaron de nuevo: lo tomaron en vilo, lo echaron otra vez en la botella y se lo llevaron al río. La niña le desprendió maternalmente de la cabeza la bolsita de hielo, derramó una lágrima caliente sobre su nariz y lo dejó caer al agua. Lo último que Zip vislumbró de su

carcelera fue el cabello rubio alborotado por la brisa.

Zip se deslizó penosamente hasta el fondo de una cueva orillera y comió con deleite hasta que no pudo más, y se echó a dormir panza arriba sobre el musgo.

Animado por el dulce calor de la vida que le bañaba las entrañas, se lanzó otra vez a la corriente abajo, reflexionando sobre los hombres. ¡Qué extraños seres eran los hombres! Al verlo a punto de morir, no quisieron responsabilizarse con su cadáver y lo arrojaron al río para que otros cargaran con el arpa. Tal vez ellos también vivían dentro de una gran bola de cristal, y unos gigantes los levantaban en vilo y les amarraban bolsas de hielo a la cabeza. En cambio, él era libre, señor de más de cuatro libertades fundamentales, a pesar de su diminuto cuerpo y de sus modestísimos gustos.

Si la pececita verde estuviera a su lado, todo sería perfecto. Lo único que le intrigaba era el destino incierto del río, que nunca llegaba al cielo. Encontraba bestias de aspecto amenazador, que jamás había visto: cocodrilos, serpientes negras anudadas en los manglares, y peludos animales de agua que ladraban como los perros y nadaban como los peces. Mas todos

estos grandes animales no le hacían daño; tal vez ni siquiera alcanzaban a verlo.

Entonces empezó a oír un ronquido intermitente que repercutía en las rocas y en el volumen del agua, haciendo temblar los bledos. El río se explayaba gradualmente y empezaba a saturarse de un desagradable sabor a sal.

A su alrededor giraban confusamente enormes troncos de madera y toda clase de despojos del mundo de los hombres. El río se perdía en un agua tibia de un verde indefinible.

Aunque no había frecuentado seriamente la escuela, adivinó lo que estaba ocurriendo. Se dio cuenta de que nunca, nunca más podría regresar al lago remontando aquel río infinito que parecía bajar de las nubes. Porque aquella vasta extensión sin horizontes, poblada de monstruos y de maravillosas formas trémulas, era el mar, el cielo de los peces que no han sido demasiado malos.

IV - DUEÑO DE UNA ESTRELLA

El mar era algo muy complicado para un pequeño pez del lago de Atitlán. Todos esos bacalaos, macarelas, barbos, meros, lenguados y bagres, tan llenos de pompa y de espinas que sólo servían para molestar a sus vecinos, parecían muy importantes, casi tan importantes como los hombres. Cada quien tenía su propia corte y personales razones para justificar su superioridad y su galanura.

Las langostas eran dignas de simpatía, con el complicado mecanismo de sus manos y antenas saliéndoles de la cabeza; el pececito consideró como lo más natural que las manos salieran de la cabeza, puesto que habían de usarse con tanto tino en la vida. Cuando

se entreabrían los blindajes de su caparazón, se adivinaba su carne tierna y apetitosa, y Zip sentía impulsos de caníbal, que procuraba desechar prontamente.

Luego estaban todos esos pequeños peces con largos nombres; mientras más pequeños eran más y se parecían a él, aunque procuraban actuar como los peces grandes. Entre las sardinas había buenas personas; desde luego su plateada piel predisponía en su favor. Pero se movían demasiado y siempre estaban preparando viajes interminables; con gran alaraca y anticipación se despedían de sus amigos y en espesas turbamultas emprendían camino. Además, se dejaban atrapar tontamente en las playas por las redes de los pescadores aficionados, y eso no era respetable.

Zip no acababa de entender por qué no se apreciaba mucho la belleza creadora del pulpo. Sus móviles brazos distribuidos como una cabellera escribían poemas submarinos con la tinta que manaba de sus entrañas y se iba desvaneciendo lentamente en sombras.

Los tiburones eran de una vulgaridad enojosa. Comían hasta latas y llaves, sin dejar de reír con sus

catorce filas de dientes. Zip opinaba que, puesto que se tragaban las cosas como píldoras, al menos debían comer con la boca cerrada, como las personas de buena educación.

Los pobladores del mar que más le gustaban eran los caracoles. Espirales con sus infinitos colores muriendo, sus prominencias y sus cavidades, semejaban música hecha piedra. Los caracoles eran los únicos animales cuya lengua se comprendía en todo el mar. Mientras más hondo vivían dentro del agua, más baja y lenta era su voz.

Los caracoles solamente decían sus cosas cuando se les daba tres golpecitos en la concha. Entonces sacaban la cabeza, como quien se asoma al balcón, y no regateaban sus palabras.

Había un caracolito rosado con manchas azules que era gran amigo de Zip. Siempre estaba hablando del mar, que le parecía un tema inagotable y espléndido.

—Sabes —dijo un día al pececito—, nosotros los caracoles somos lo contrario de los demás seres. Tenemos los huesos por fuera y el cuerpo por dentro. Cuando uno de nosotros muere, su concha se transforma en joya y el mar se la lleva a

nuestros cementerios, que son todas las playas del mundo.

—Pero, ¿tienen que morir por fuerza?

—Sí, debemos morir, como todo lo que vive; especialmente cuando nos cansamos de escucharnos a nosotros mismos.

—¡Ah!

Zip meditó sobre la sabiduría del caracol.

Su amigo le reveló algunos de los misterios del océano.

—El mar no termina nunca, ni hacia arriba ni hacia abajo, ni hacia los horizontes. El verdadero cielo de los peces se halla entre los colores fosforescentes que se divisan en el fondo. Aunque duele un poco la cabeza aventurarse por allá, vale la pena porque esa es la región de los milagros. Ahí los árboles son como deben ser, con las hojas enterradas entre el limo y las raíces afuera, como si estuvieran mirando y escuchando. Eso de enterrar las raíces es una de las tonterías que existen en el mundo de los hombres; es lo mismo que cerrar los ojos para ver mejor.

—Tal vez por eso los peces nunca cerramos los ojos —reflexionó Zip.

—Tienes razón, tienes mucha razón —comentó el caracol en tono satisfecho, replegándose dentro de su concha.

El pececito se sintió muy halagado. Pero aún tenía que resolver otros problemas de aquel gran mundo salado, y tocando tres veces en el esqueleto rosado de su amigo, esperó. El caracol sacó de nuevo la cabeza.

—Dispensa —dijo Zip cortésmente —. ¿Crees que este mundo es mejor que el de los hombres?

—Tal vez la belleza completa no es posible en los sitios donde se busca utilidad a todo. Aquí en el mar las cosas sólo existen porque son bonitas, y no sirven más que para ser bonitas. Aquí hay minerales que parecen bocas u ojos, que ni hablan ni miran; matas de corales que parecen cabelleras sin cabeza ni cuerpo; animalillos que no se ven sino en conjunto, como sombras que aparecen y desaparecen sin perjudicar a nadie; sonidos que no pueden escucharse porque de pronto se vuelven flores, pólipos que viven miles de años y protozoarios que duran un solo instante.

—Entonces, ¿este es un mundo y no un cielo? ¿Estoy vivo o estoy muerto?

—Ser o no ser, esa es la cuestión —respondió el caracol. Esta no es una pregunta sino una respuesta, y si lo piensas verás que es una respuesta muy sencilla. Todos los mundos tienen su porción de cielo. Pero tú estás vivo, no hay la menor duda. La mejor prueba es que puedes comprar y vender. Anda al Almacén y verás.

—¿Y no me dijiste que en el mar las cosas no tienen utilidad y sólo existen porque son bellas?

—Sí; pero no todo lo que hay en el mar es cielo.

Agradecióle Zip sus consejos. En el Almacén había todo lo que se puede desear en las regiones submarinas: pilas eléctricas para las antenas con que algunos peces se iluminan en sus excursiones a los países más profundos; corales, que son despojos de los castillos donde vivió una raza de peces hace un millón de años; brocados hundidos con antiguos barcos, peceras de cristal para peces orientales, gusanos ricos en vitaminas, extraños líquidos para hacer gárgaras, relojes inoxidables... Había tanto que ver, que contaban de un curioso que quiso verlo todo y cuando terminó habían encanecido sus escamas.

Como no hay dinero en el mar, se usa el sistema de trueque.

Temblando ante la fenomenal duda que iba a resolver, Zip preguntó con insegura voz:

—Dispense, ¿Tienen estrellas de mar?

—Si, señor; sí hay.

La dependiente le puso bajo los ojos una caja llena de estrellas de mar, quejándose de lo que había costado traerlas de lejanos mares y de lo mucho que había subido el costo de la vida. Finalmente, la negociación quedó cerrada: Zip entregó uno de los cepillitos que aprendió a manufacturar con pequeñas raíces en el lago de Atitlán.

Supo entonces que estaba vivo, completamente vivo. En cambio, aprendió también otra cosa: a tener entre las aletas una estrella. Nunca había podido ver bien los cielos porque se le acababa el aliento fuera del agua. Ahora, aquella frágil criatura era suya. Entusiasmado, empezó a jugar con ella, a verla por todos lados, hasta que el pequeño ser crujió y se rompió. Zip sintió una angustia terrible; pero por muy poco tiempo, porque dentro de la estrella había otra estrella, y dentro de ésta otra, y dentro de ésta otra...

Entonces Zip dedujo que el mar no era sino un mundo formado por

infinitas estrellas tan pequeñas que
nadie podía ver.

V - EL CEMENTERIO MARINO

Cuando despertó, el sol ya había penetrado muy hondo al mar, formando una alta zona incandescente. Los peces duermen con los ojos abiertos y la boca cerrada para que el agua no les penetre hasta los sueños; únicamente esconden la cabeza entre la vegetación y consiguen no pensar, que es como dormir. Cada familia tiene una macolla particular como residencia, y los transeúntes pueden distinguir las colas del padre, de la madre y de docenas de pececitos, sobresaliendo entre el follaje.

Zip amaneció triste. Pensaba en su lago, en las canoas de sonora maderas tripuladas por los indios, en su

pececita verde. A lo mejor el pez amarillo no se la había comido, sino la había guardado para sí; o ella se había olvidado de su pequeño compañero, a pesar de haberle puesto nombre. Los celos le pinchaban el corazón; porque también los peces son celosos; no mucho, mas lo suficiente para considerarse desdichados.

—Te veo aburrido —le dijo el caracolito rosado—. Para ese mal no hay mejor remedio que viajar. Viajar es trasladarse de un lugar a otro más distante, ver y oír lo que pasa en los desiertos, en los bosques y en las montañas, y sobre todo asombrarse. Sin embargo, no vale la pena vivir.

—Pero cuando uno se va, ¿se lleva también su aburrimiento?

—No. Sólo los peces de las aguas británicas se aburren en todas partes. El aburrimiento no es sino agua que se cansa de uno. Si estás largo tiempo en el mismo lugar, el agua se sobrecarga con tu aliento, con tu olor y tu palabra, y aun con tu presencia. De modo que hay que cambiar de aguas.

—¿A dónde iré? Partir sin saber a dónde se va es peor que quedarse.

—Es verdad; eso es hablar como caracol. ¿Por qué no te vas al Oriente? Allá se han encontrado siempre todos los viajeros de la historia del mar.

El pececito se puso encarnado de que lo compararan con un caracol; e inmediatamente decidió su viaje al Oriente. Su amigo le dio algunas cartas de recomendación grabadas en conchas, para sus parientes de las más distantes islas de coral. Una mañana, sin brújula ni tesoros, pero con la alegre urgencia de partir, Zip enderezó la nariz hacia el Oriente y emprendió camino.

Sus ojos se abrieron casi el doble de lo normal para contemplar con mayor rapidez las innúmeras flores y rocallosidades que encontraba al paso. Entonces comprendió mejor lo que le había dicho el caracol: que la distancia es una cuerda de pescador donde se ensartan fragmentos de colores, panoramas y recuerdos.

Zip sabía que el Oriente queda muy lejos, y además llevaba un equipaje que cada vez se volvía más pesado. Dentro de viejas conchas —las valijas del océano—, había empacado sus escasas pertenencias: la estrella de mar, piedrecitas de colores y un anillo de oro que encontrara en la arena. De modo que decidió ir a caballo.

En el establo, gran cantidad de caballos de mar pacían en sus pesebres, enrollando y desenrollando nerviosamente la cola y echando miradas hostiles a los viajeros que

concurrían con la intención de montarlos.

Examinó cuidadosamente varias de las cabalgaduras hasta que escogió una que le pareció mansa. Era difícil mantenerse en la montura sobre esos gallardos animales que consideraban al jinete como un enemigo personal. Zip se sintió muy embarazado al pasar frente a los grupos de damas, a quienes seguramente no se escapaba que aquel pequeño viajero montaba por primera vez.

El caballo avanzaba ágilmente. Tenía el feo hábito de molestar al jinete con la cola; pero en realidad era de natural pacífico.

—¿Adónde vamos? —preguntó el caballito, volviendo la cabeza.

Zip por poco se cae.

—¿Te asusté? —preguntó el otro, dándose aires de importancia-. Sí, por supuesto que sé hablar. Aquí hablan aun los caballos. Es verdad que somos ignorantes, porque nos tienen amarrados en las cuerdas hasta que estiramos la pata. Pero, no importa. Ya vendrá el día de la revolución y nosotros nos montaremos en los demás. Sí, lo que este cochino lugar necesita es una revolución. ¡Viva la igualdad!

El caballito se irguió sobre su cola en un acceso de entusiasmo, y Zip tuvo que agarrársele a la nuca para no caer.

—Bueno, bueno; yo no tengo la culpa de lo que pasa aquí. Vengo de muy lejos; de modo que ten cuidado. Y no me fastidies con esa cola.

El caballo prosiguió en silencio. Zip no las tenía todas consigo de viajar con un revolucionario; había oído decir que eran más inofensivos los cangrejos, pero ya nadie los utilizaba para viajar porque eran lentos y a veces caminaban hacia atrás. Como siempre, recordó que él era demasiado insignificante para perder algo de importancia, y se sintió conforme y tranquilo.

El caballo se detuvo de galope y arrojó violentamente a Zip con todo y conchas.

—¡Cuernos del diablo! ¿Y ahora qué te pasa?

—De aquí no sigo --declaró el caballito rotundamente, sentándose en una piedra.

—Pero, ¿qué mosca te ha picado? —inquirió Zip en el colmo de la indignación.

—Ahí enfrente está el cementerio, y a los caballos nos dan miedo los muertos.

Zip se enderezó penosamente; le dolían las costillas y tenía granitos de arena incrustados en las posaderas. Recogió una a una sus pertenencias y examinó los contornos. Efectivamente: a corta distancia se divisaba el majestuoso portal del camposanto, adornado con severas plantas trepadoras.

Su curiosidad era demasiado intensa para continuar el viaje sin visitar aquel sitio. Nunca había estado en un cementerio, y después de lo que le aconteciera en los últimos tiempos, ya no sabía a punto fijo lo que era morir. De sólo pensar en ello empezaba a dudar de que estuviera vivo; ya se lo había advertido el caracol.

—Bueno. Espérame aquí — ordenó al caballito—. Sólo que voy a amarrarte, porque no te tengo confianza; a lo mejor te largas y me dejas solo.

El caballo se dejó amarrar a unos troncos.

—Esa es la suerte de uno — murmuraba enfurruñado—. O está uno amarrado o está aguantando el peso de alguien. ¡Ah, pero eso terminará! Ya está próximo el día de la revolución total.

Zip aún oía las protestas del hipocampo cuando entró al cementerio.

Sobre las tumbas había conchas de madreperla inscriptas en rojo y verde con los nombres de piratas de otrora, de marineros fenicios y normandos, de galeones con los mástiles carcomidos y las proas desgastadas por los años. Desde la galera romana hasta el junco y el moderno vapor, fraternizaban en el silencio de las arenas, víctimas del mar. El pececito meditó sobre el singular destino de las cosas del hombre, que terminan siempre en algún camposanto en alguna parte.

Las tumbas de las langostas eran muy divertidas, con las antenas saliendo alrededor del cenotafio como las cruces de un gran cementerio de guerra.

Había una zona de tesoros: gordos cofres herrumbrosos, cajas de hierro con la combinación apuntada en sus hojas, montones de encajes y ricas telas, joyas de todas las latitudes, pectorales y ajorcas de jade maya, y un reloj de porcelana coronado de elegantes figulinas, que de vez en cuando daba las horas con una ingenua música de *minuet*.

Todo estaba iluminado por luces indirectas que brotaban detrás de las rocas o de los mazos de flores.

Un sepulcro muy impresionante era el de “los peces que murieron de

amor” (así decía el florido epitafio). Para que el tiempo no destruyera a los amantes, los habían colocado entre latas de sardinas cuidadosamente selladas. Ahí, uno junto al otro, reposaban esos dos seres sin nombre, al pie de cuya tumba concurrían las doncellas a depositar ofrendas; y como las que llevaban flores a esta famosa tumba se suponía que eran doncellas, muchas eran las pececitas que procuraban ser vistas por ahí.

Había una sección especial para los personajes legendarios en los que ya nadie cree. Ahí estaban los tritones, los dragones y las sirenas. En las tumbas de las sirenas aparecían marcas representando el número de víctimas que habían muerto de amor por ellas. Sobre una tumba imponente se erguía un trofeo de plata. Observando el marcador de la sirena, Zip notó que contaba a su favor docenas de señales; era ella la que había batido todos los récords.

Cuando abandonaba la paz del cementerio, el pececito advirtió que estaban enterrando un gran trasatlántico. Millares de peces negros empujaban la enorme masa de hierro; eran los sepultureros, que practicaban el oficio de generación en generación. El barco cayó lentamente en su

sepulcro levantando nubes de arena. Luego todo quedó en calma. El reloj de las elegantes figulinas sonó su *minuet* y dio las diez.

Zip iba con la cabeza baja, poseído de hondos pensamientos y de esa adolorida tranquilidad que contagian los difuntos.

—Tenemos que irnos de aquí inmediatamente —declaró el caballito—. Es injusto que lo amarren a uno de frente a lo que le da tanto miedo. Pero no importa: mientras mayores sean los ultrajes, más completa será la venganza de los descastados.

Zip montó en silencio y se internó con su cabalgadura en un bosque de algas.

VI - EL LEJANO ORIENTE

Pasaron muchísimos días. Como el hipocampo sabía comer nadando y dormía poco, ganaban rápidamente distancia. Cruzaban interminables desiertos ondulados de dunas, ariscas comarcas de monstruosas figuras de piedra, montañas de algas, prados donde sólo moraban pálidos calamares, y gargantas oscurecidas por los tentáculos de madréporas gigantes y por las antenas de animales desconocidos, que buscaban que comer.

Encontraron un país poblado de seres de gelatina, que temblaban al menor ruido y se cerraban sobre sí mismos en torno a los mendrugos que conseguían; macizos políperos, que

quebraban la lejana claridad del sol como un encaje; espesas colonias de peces cortados en los más inverosímiles diseños, racimos de almejas confundidas entre la masa del follaje, y miles y miles de moluscos y crustáceos y anémonas.

Sólo en sueños había visto Zip tal cantidad de formas, ritmos y matices, todos distintos y todos perfectos.

En apretadas filas, los peces miraban pasar en silencio a los dos extranjeros.

—Esos me caen mal —dijo el caballito—. A mí me gustan los peces que son de un color definido, blanco, negro, azul o lo que sea; pero estos que tienen manchas en el cuerpo deben tener también manchas en el alma. Pero ya llegará el día en que todos seamos del mismo color.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir que los peces grandes desaparecerán y los peces pequeños podrán nadar a su antojo y comer tranquilamente.

—¿Qué comerán los peces pequeños?

—Pues, de todo: yemitas de vegetación nueva, desperdicios que caen de los barcos, gusanitos, peces más pequeños...

—¿Y qué dirán los gusanitos y los peces más pequeños de esa teoría? ¿No se van a aprovechar ellos también de las mejoras que estás anunciando?

—Sí, pero más tarde —aclaró el caballo parsimoniosamente —.

Primero debe aplicarse la justicia social.

—¿Qué ocurriría si los peces grandes empezaran a aplicar la justicia social comiéndote a ti, por ejemplo?

—Yo soy un caballo. A los peces gordos no les gusta nuestra carne.

Zip le ensartó las aletas en los ijares y el caballito salió disparado.

El paisaje cambió: la fauna, la flora, todo era más sutil y como más elaborado. Los peces tenían los ojos rasgados y saludaban a los viajeros ceremoniosamente. Altísimos acantilados de coral se levantaban formando gargantas penumbrosas. Zip intuyó que estaba llegando al Oriente.

Entre las cuevas de las rocas aparecían millones de pequeños peces rojos, verdes, amarillos, negros y con diversos colores, que abanicaban el agua con sus colas. Arriates de algas adornaban las entradas de las cuevas, enmarcando a las matronas que veían pasar con interés a los extranjeros.

—Mira, mamá —exclamó alegremente un pecesito morado —: el caballito tiene cara de foca.

—No se deben decir esas cosas de los extranjeros —dijo la dama empujando al mequetrefe hacia dentro de la casa —. Si te oye el caballo se enojará. Si tienes que decir cosas desagradables de los demás, espera a que se vayan.

—Imbécil —murmuró el hipocampo.

El sol estaba poniéndose e iluminaba desigualmente las distintas capas del mar. Por las aguas cercanas merodeaban los tiburones. Un viejo pulpo asomó entre una grieta, asustando a una espesa concentración de sardinas.

Zip preguntó por los caracoles a unos cangrejos, quienes le mostraron a través de una garganta de coral un valle rodeado de altos promontorios que indudablemente eran islas allá en la superficie; porque muchos volcanes y cordilleras del fondo del océano sólo asoman al nivel del agua como pequeñas islas donde se mecen las palmeras.

El pececito entregó las cartas de presentación que llevaba, y los caracoles le recibieron bien y le dieron de comer extraños manjares.

—Este plato no se usa en el lugar de donde vienes —le

informaron—. Procede de los dominios del hombre. Es un pedazo de fruta.

—¿Qué es fruta?

—Los árboles son seres de escasa inteligencia —dijo el caracol—. El hombre los ha cortado y quemado durante siglos y a pesar de eso, lo cubren y lo alimentan. Cuando el árbol se pone triste se llena de flores; ese es su único placer, que ciertamente paga muy caro porque el viento se las arranca; entonces aparece la fruta, que es como una enfermedad. Luego llega el hombre y se la come. En ocasiones la fruta cae y a su vez se convierte en árbol. Esa es la maldición del árbol: ser demasiado bueno.

Zip contó los incidentes de su viaje en tono de conocedor que no se asombra demasiado. Nada dijo, sin embargo, de las teorías del caballito; pero se prometió esperar un momento propicio para consultárselas a los sabios.

—¿Por qué has venido de tan lejos? —preguntó un caracol.

-Para cambiar de ambiente y aprender. Me sentía triste y quise ver cosas nuevas.

—¿No sabes que las cosas son las mismas en todas partes, y que lo único que cambia es la persona? Si has

traído tus penas a estas islas, fue en vano el trabajo que te tomaste.

—Sí; pero yo tenía esperanzas...

—¿De modo que tú vives de esperanzas? Pobre criatura —murmuró un caracol tan viejo que el musgo sombreaba la boca de su concha —. Vivir de esperanzas es peor que morir; los muertos al menos saben algo definitivo. Y tú pretendes resolver tus problemas yendo de un sitio a otro... Malo, malo; porque como habrás notado, ningún camino acaba y todos los países son fundamentalmente iguales: más profundos, más fríos, menos oscuros o menos poblados; pero fundamentalmente iguales.

—Sí, pero...

—No, yo no quiero desilusionarte —añadió bondadosamente el viejo caracol—. Sólo te advierto que, si te complaces en arrullar tus propias penas, aquí no vas a curarte y pronto querrás regresar. De todas formas, aprovecha el tiempo para conocer esta región, la más hermosa del mar.

Zip sabía que era mala educación discutir sobre problemas personales, y sobre todo con los caracoles, que siempre tenían razón. Además, con ellos siempre existía la posibilidad de que se aburrieran y se replegaran al fondo de sus conchas,

volviéndose bolas de silencio. No obstante, con un último aleteo de duda, se atrevió a replicar:

—Sí; pero mis esperanzas...

—¿Esperanzas de qué? — preguntó una caracola sonriente.

—No sé; sólo esperanzas...

Los caracoles se quedaron callados, hasta que el viejo caracol con musgo dijo, mientras se retiraba dentro de su concha:

—Quizás tengas razón. Las únicas esperanzas decentes son las que no esperan nada.

Todo sobraba en esa bendita región, y los peces eran más indolentes que en ninguna otra parte. En el ocio, que es uno de los mejores estímulos de la inteligencia, habían concebido mil maneras de divertirse. Unos jugaban al escondite entre las cañas; otros nadaban en apretadas filas, mezclándose en distintos diseños y formando carpetas de colores, con absoluta precisión; los más listos descubrieron que trepando por las barbas de los cocos partidos podrían acomodarse en la cavidad del fruto, donde usualmente había un pocito de agua. Zip encontró encantador este deporte e inmediatamente se instaló dentro de un coco, junto a otros veraneantes que remaban

perezosamente con sus colas y saludaban con la sonrisa más ancha y feliz.

Pronto Zip dio la razón a los caracoles una vez más: toda esperanza era inútil. Lo importante era vivir tal y como uno era; no ambicionando ser pájaro o conejo o araña, ni aun hombre, sino simplemente pez de tamaño y color modestos, que se asolea entre la cavidad de un coco en los mares del Oriente.

VII - SU PRIMER SIRENA

El país donde se encontraba era ciertamente uno de los más hermosos del mar.

Ascendiendo a lo alto de los muros de coral donde vivían millones de peces como gemas, llegó a la superficie y empezó a curiosear entre los islotes agobiados de vegetación. Mazos de palmeras se inclinaban con el viento, peinando las olas. No existía nada más blanco que esas playas.

Fue ahí donde Zip tuvo la más terrible experiencia de su vida: el encuentro con su primer sirena.

Habíanle revelado los caracoles que la imaginación del hombre llegaba hasta meterse en los asuntos de los

peces. Marineros antiguos que de tan viejos confundían la espuma con las nubes, contaban a sus nietos que en el mar de los Sargazos se oían tañidos de lira y se veían flotar cabelleras en el agua. Luego asomaban deslumbrantes seres, mitad mujer y mitad pez, y cantaban a los hombres hasta perderlos.

Cuando los peces se enteraron de estas versiones, se echaron a reír con todas sus ganas. ¡Imagínense, seres medio mujer y medio pescado, como si fuera tan sencilla la cosa! ¿Qué hubieran dicho los hombres si los peces inventaban una especie de tortuga, cuya parte menos importante fuese humana? La noticia causó sensación en todos los círculos del mar.

Porque, como lo sabe todo el mundo, los peces tienen sus propias sirenas, que hechizan con sus canciones y sus palabras, y luego se desvanecen cuando uno cree ya haberlas alcanzado.

Por eso los hombres han dejado de creer en sirenas, porque ya no tienen tiempo de perseguir lo difícil y menos aún lo imposible, y por eso procuran olvidar que en el fondo del océano están enterradas las sirenas de antaño, las que se aparecieron a piratas y lunáticos porque sí creían en ellas.

Desde que el mundo es mundo, las sirenas de los peces son pericas. Los jóvenes, como es natural, corren los mayores riesgos; son ellos los que se atreven a aproximarse a las playas y a mirarlas de frente.

El pececito estaba merodeando por la isla cuando escuchó que mencionaban su nombre:

—¡Zip! ¡Zip!

No, no estaba soñando; sentía la vida danzándole en el cuerpo y distinguía claramente todo lo que le rodeaba. Aunque sacó más de medio cuerpo fuera del agua no pudo distinguir a nadie; únicamente las gaviotas flotaban en el cielo. Los árboles se sacudieron suavemente, y de nuevo llegó la voz:

—Zip... Zip...

Era una voz delicada, sin las hondas tonalidades de la voz de los caracoles; una voz elemental y a la vez timbrada como música. El pececito examinó cada hoja de la maleza de donde partía la dulce llamada hasta que distinguió una forma vivaz, tan verde como las más tiernas yemas de las algas. Eran rosados sus ojos, con las niñas muy negras, y brillaban con coquetería.

El pececito sintió una mezcla de miedo, de sumisión, de alegría y de

curiosidad. Nunca había sentido algo tan extraordinario.

—Acércate a la playa —dijo la periquita—. Quiero verte mejor.

Él no podía creer que nadie tuviese interés en verlo. Rápidamente se examinó a todo lo largo, y por primera vez se sintió desnudo. Sí, los peces son seres sin ropas, sin cabello ni adorno; perfectamente desnudos. Se le enturbió la vista, y comprimiendo el aire de sus depósitos internos, se metió como un rayo hasta el fondo del mar.

Ya no pudo hallar paz ni sosiego. Pero no se atrevió a comunicar a los caracoles lo ocurrido porque tenía el presentimiento de que había algo extraño y muy íntimo detrás de todo eso, que sus sabios amigos no aprobaban.

Tan pronto el sol empezaba a dorar la superficie, nadó hasta la playa encantada y miró tímidamente afuera. Sí, ahí estaba otra vez la periquita, royendo con desenfado un cogollo.

—Zip, no te vayas —dijo con la más dulce de las entonaciones—. ¿Por qué no quieres mirarme?

Yo... este...

—¡Que linda voz tienes! ¡Y qué poco te pareces a los otros habitantes del mar. Eres demasiado bonito para andar por ahí, expuesto a que algún

bruto de esos te trague sin dejar rastro.
Tú eres superior a todo esto.

Él jamás se había imaginado mejor
que nadie.

—No, eso no es verdad —dijo—.
Los caracoles saben mucho.

-Esos son ancianos, que están a
punto de volverse rocas...
Debes darte cuenta de que si hablan
tanto es porque no saben hacer nada,
agobiados como viven bajo el peso de
sus caparazones. ¿Crees que, si
pudieran pasearse libremente y nadar y
ver el mundo, se conformarían con
hablar?

—Sí; pero...

—Además tienen una opinión muy
pobre de ti —dijo la periquita
entreteniéndose en cortar pequeñas
ramas, mientras miraba de soslayo al
pececito.

—¿Cómo? ¿Y por qué lo dices?

—No pensaba contártelo. Pero...

El otro día me di cuenta de una
conversación entre dos de ellos, que
salieron a asolearse. Estaban hablando
mal de ti.

Zip estaba estupefacto. Sus
amigos, haciendo eso...

—Lo que pasa es que te envidian.
Tienes unos movimientos tan graciosos,
y eres tan sutil...

Zip se miró entero, para saber dónde le aparecían tan extraordinarias cualidades.

—Eres tan diferente a todos... Tú deberías vivir en un mundo enteramente tuyo, tan bello como la tierra. Aquí el sol calienta dulcemente la piel y las noches son tibias. Ven, ven conmigo... Verás que cuando te encuentres a mi lado nunca querrás volver ahí.

Una ola de fuego le recorrió del hociquito a la cola. Él, uno entre millones y millones de peces del mar, cortejado por tan adorable criatura... Aunque posiblemente él fuera distinto a todos, como afirmaba la periquita.

—Pero... yo nací en el agua —argumentó con débil voz—, y tú naciste ahí —en el aire. Nunca podremos estar juntos, porque somos... distintos.

—No, Zip; n o digas eso — replicó ella con ternura; y agitando temblorosamente las alas, se posó sobre la arena y anduvo a pequeños pasos, contoneándose, hasta sumergir sus curvas patitas entre la resaca.

—El amor es una cosa sagrada. Todos los que lo sienten son iguales. Tu y yo vamos a amarnos mucho, mucho. Nadie te comprenderá

como yo te comprendo. Ven conmigo;
ven...

Zip estaba abrumado por una deliciosa angustia; pero tenía miedo de la perica, tan propia del más lejano de los mundos. Instintivamente se defendía, aunque cada vez era más punzante su deseo de irse con ella para siempre. Un grupo de orondos peces se aproximaba, y temiendo que comentasen que él era demasiado insignificante para poner los ojos en tan alta dama, se sumergió verticalmente en el mar.

Pasaron varios días. La periquita le cantaba desde una rama y cercenando hojuelas y flores, se las dejaba caer en la arena. Luego descendía revoloteando y se bañaba entre la espuma. El pececito estaba positivamente hechizado.

—Zip, si no te vienes conmigo, moriré —dijo ella suspirando—. Seré tu esclava, te acariciaré todo el tiempo, te mostraré cada rincón de este mundo maravilloso. Zip, debes creer en el amor.

—Si yo creo en el amor; pero mi amor es de pez mientras que el tuyo es de pájaro.

La periquita rió a carcajadas. La risa es poco frecuente en el mar;

tanto que debe aprenderse, como un arte.

—Zip, ¿por qué no aprendes a reír? Es muy fácil: abres la boca, la estiras por los lados y dices “Ja, ja”.

El hizo todo lo que ella quería; pero no sintió nada fuera de lo ordinario, ninguna alegría.

—No, no es así —dijo ella, riendo todavía —. ¿Ya ves? Hay muchas cosas que debes aprender. Apuesto a que tampoco sabes besar — Añadió, con un gesto coqueto.

El pez confesó que, en efecto, no sabía besar.

—Acércate; más todavía.

El agua les llegaba a las plumas del pecho.

—Pliega la boca así, como un piquito —explicó. He inclinándose suavemente, besó entre la espuma al pececito del lago de Atitlán, y salió volando a pararse en su rama, riendo a carcajadas.

Zip tuvo que hacer un esfuerzo prodigioso para no desplomarse hasta el fondo del océano. Y ya no pudo más: Con un vigoroso salto cayó en la arena y empezó a desplazarse hacia el árbol.

—¡Qué bello eres! —decía la periquita agitando las alas —. Ven, ven conmigo. Acércate más...

Y se posaba en un árbol más distante.

El pececito daba tumbos entre la vegetación, hiriéndose la piel.

—Ven, ven... —cantaba ella entre la isla, sacudiendo las ramas y desprendiendo una nube de hojas frescas.

De repente Zip empezó a ahogarse y se reclinó contra el tronco de una palmera.

—¿Dónde... estás? No puedo respirar.

Lejano, con toda la irrealidad del sueño, se escuchaba aún el canto de la periquita:

—Ven... ven...

El resto es una triste historia.

Zip se desmayó entre las piedrecitas cristalinas, brillantes de sol. Las hormigas empezaron a picarle la cola creyendo que estaba muerto. Un mosco tornasolado se le posó en el ojo abierto.

Quizás hubiese muerto en realidad (lo cual además no es posible a esta altura del relato, porque en ninguna historia decente el héroe muere antes del fin), si un milagro no ocurre a tiempo: comenzó a llover. Primero a finas gotas, luego a torrentes que hacían tronar el bosque. Una gota inmensa cayó sobre las agallas por donde respiraba el pececito, y él inhaló

el agua, como si estuviese oliendo esas sales que usan las damas que se desmayan en los divanes del mundo. Poco a poco vio con claridad y respirando la lluvia con todas las fuerzas de que era capaz, aprovechó un riachuelo que había formado el aguacero y desembocó en el mar.

Aún le repercutía dentro de la cabeza la voz acariciadora de la periquita, que, dominando el murmullo de la lluvia y el crujido de las hojas de las palmas, cantaba en el bosque:

—Ven... ven...

VIII - LA GRAN VÍA BLANCA

¡Ah, el amor! Tantos siglos de alabarlo y maldecirlo, de definirlo en la poesía de la tierra y el mar, y todavía hace víctimas y enflaquece por igual la carne de los hombres, de los pájaros y de los peces.

Zip no podía comer ni dormir. Ante sus ojos se presentaba en cabal e inútil forma la periquita, su fatal sirena. Todos los verdes del mar le rememoraban su plumaje, todos los rojos del coral y de los crepúsculos el color de sus ojos; todas las músicas le reavivaban su voz, la voz traicionera que lo había acercado a la muerte.

La vida le parecía larga, sin objeto, aburridísima. Después de su primer tragedia comprendió mejor a sus semejantes, ennoblecido como estaba por el sufrimiento; pero una total confusión se adueñaba de él cuando trataba de entender por qué el amor es tan vecino de la muerte.

El tiempo se iba en olas silenciosas, con lentas ondulaciones de anguila. Al pececito le salieron unas grandes ojeras, dándole la apariencia más desolada. Los peces adultos y sensatos que pasaban a su vera, movían la cabeza tristemente. Se sentía tan desgraciado que asomándose a la superficie sacó la cabeza y derramó dos chorritos de lágrimas, como había aprendido a hacerlo en los momentos álgidos.

En esas estaba cuando llegó un pejesapo.

—¿Qué haces ahí, tan solo y tan triste?

—Llorando- suspiró Zip.

—Llorando... Valiente ocupación, mientras hay tantas cosas agradables que hacer.

—Todo ha terminado para mi —declaró Zip, derramando otro arroyuelo de lágrimas.

El pejesapo movió lentamente la cabeza.

—¡Ay, compañero! Cuando algo termina, algo debe comenzar. ¿Has oído hablar, por casualidad, de la Gran Vía Blanca del océano? Justamente debajo de nosotros, hay un país de maravillas, lleno de luz y de secretos placeres, donde las penas se desintegran.

—Déjame —dijo Zip con acento dolorido—. Soy muy desgraciado.

—No, amigo. Lo que tienes es una penita de amor, y eso puede curarse allá abajo. ¿Por qué no vienes conmigo?

Zip rehusó una vez más; pero estaba tan débil y su ánimo tan quebrantado, que apenas costó al pejesapo llevárselo consigo.

Empezaron a nadar hacia el fondo. Uno por uno los colores desaparecían: primero el rojo; luego el púrpura, el verde, el azul, el anaranjado. Bajo la luz violácea, los árboles y los acantilados se volvían lívidas masas. Allí terminaba el espectro solar. El pejesapo dio a Zip una linterna para casos de emergencia y encendió las tres bombillas que colgaban de sus antenas. Luego pasaron a reaprovisionarse de energía con una raya, que era la central eléctrica de la región.

—Y ahora, compañero, a nadar —dijo el pejesapo alegremente—. Éste es el último punto habitado hasta que lleguemos al país de la luz.

A no ser porque su infortunado amor le había vuelto indiferente, Zip se hubiera asustado un poco; a medida que el agua se volvía más oscura, el corazón le latía con mayor violencia y la cabeza le daba vueltas.

—No te aflijas —le advirtió con su voz rajada el pejesapo. — Tómate estas cápsulas y te sentirás bien. Contienen extracto concentrado de profundidad, disuelto en una infusión de anémona gelatinosa que habita en lo más hondo del mar.

Sólo de vez en cuando alumbraba el guía las luces de sus antenas. En medio de la densa oscuridad, Zip experimentaba la curiosa sensación de no existir y de no percibir. Durante un brevísimo instante se iluminaba el rostro de un extraño pez, y desaparecía al punto, haciéndole comprender que estaba rodeado por una densa población de seres invisibles y casi inmóviles. También los sonidos habían cambiado, volviéndose apagados, largos y metálicos. Suaves, transportaban acordes y palabras perdidas. Hacía frío.

Por último, allá lejos, se insinuó un resplandor.

—¡El país de la Luz! —
anunció jubiloso el pejesapo, apretando la velocidad.

—Soy muy desgraciado —
murmuró Zip, acordándose de su cruel sirena.

—Ya verás, ya verás. Todo eso se te pasará apenas estemos en la Gran Vía Blanca.

Arribaron cansados y hambrientos. Inmensas conchas de madreperla entreabiertas se alineaban en filas interminables. Libélulas submarinas y otros peces luminosos formaban letras móviles, de luz intermitente, a la entrada de los establecimientos. Los anuncios decían: “La casa del beso blanco”, “La cueva del *cocktail* de luz”, “La tierra del olvido”, “Nunca solo”, “Aquí está Macarela”, había otros sin palabras, con figuras móviles.

Entraron a uno de estos lugares, en cuyo frontispicio una sola lamprea eléctrica formaba con las asas de su cuerpo el rótulo “Esponja de paz”. El ambiente era alegre y cosmopolita. Langostas, percebes, camarones y peces de las más diversas layas fraternizaban en este lugar de diversión, hablando a gritos y gesticulando

locamente. El ámbar, moneda oficial en el mundo galante, corría como agua sobre todas las mesas. El salón estaba iluminado por anémonas fosforescentes y pulpos que sostenían puñados de cocuyos en cada uno de sus tentáculos.

El pejesapo ordenó unas bebidas, y el sirviente se presentó trayendo un licor tan espeso que no se mezclaba con el agua.

—Tomemos, compañero — dijo el guía, ofreciendo a Zip un pequeño caparazón de caracol lleno de brebaje.

Zip escanció el trago de golpe. Aunque le dio hipo y un fuego extraño le recorrió el cuerpo, no se sintió del todo mal. Las rondas se multiplicaban y el mozo empezó a servir en cápsulas, procedimiento que, según explicó, estaba muy de moda y permitía servir licores menos espesos sin que se diluyeran en el mar.

Un peje-de-oro estaba celebrando su cumpleaños en compañía de sus amigos; apenas podían mantenerse horizontales, y cantaban sin descanso una tonada que empezaba más o menos así:

“Nosotros somos pes pes pes pes
cados
por eso niña sal sal sal sal ados...”

Lo condujo después el pejesapo a “Nunca solo”, donde se presentaba un espectáculo encantador. Doce pececitas amarillas, punteadas de negro, exactamente iguales, hacían ondear los tules de sus trajes al unísono, formando juegos de luces con las chispas que reflejaban sus pulidas escamas. Luego hacían figuras fantásticas, en veloces evoluciones, y en el clímax del número, todas las luces del salón se apagaban y brillaban únicamente las danzarinas, al compás de velados arpegios.

Constituían los músicos una verdadera orquesta sinfónica. Al frente, largos peces delgados pasaban y repasaban contra tallos de diversos grosores. Raudos pececillos pasaban por tubos de ámbar y bambúes, evocando los sonidos del viento que corría sobre el mundo de los hombres. Atrás, otros peces doblaban algas empotradas en un tablón, soltando sus extremos y haciéndolas vibrar de alto a bajo. A un lado, en el tope de un pequeño muro de coral, oblicuo y lleno de rugosidades, los camaroncillos dejaban caer chorreras de pedruscos que rodaban con loco tintineo. Del otro lado estaban las tortugas, que se tamborileaban el vientre con las patas.

Los pulpos tocaban ágilmente con sus tentáculos las encordaduras de tirantes fibras que se distendían sobre conchas. El director de orquesta, que era un erizo de mar, ejecutaba vigorosos movimientos agitando su pelambre, sin gran éxito, porque cada uno de los músicos tocaba como quería; en eso estaba el arte, según lo aseveraban los conocedores.

Los clientes rugían de entusiasmo, y entre las cápsulas, los *cocktails* hervorosos y la algarabía de la orquesta, Zip olvidó sus penas y empezó a cantar con una voz ronca, pero bien templada:

“Soy del lago de Atitlán
donde este trago no dan
y como aquí si lo dan
no me regreso a Atitlán...”

El pejesapo bebía como un condenado, aunque no se le echaba a ver. Zip se dio cuenta de que cada vez que daba a su compañero ámbar o bolitas de coral para que pagara el consumo, como experto que era en aquellas lides el pejesapo murmuraba algo al camarero y se guardaba su comisión bajo las aletas. Pero Zip no quiso protestar, aun comprendiendo que su compañero era agente de esas

radiantes grutas, porque los caracoles le habían enseñado que el placer es caro y no debe estropearse mientras de él se goza.

IX - INCENDIO DONDE NACIÓ LA TIERRA

Se trasladaron a “La cuna del cocktail de luz”, que como su nombre lo indica, se especializaba en una bebida famosa en muchos kilómetros a la redonda.

Los cocktails de luz se bebían conforme a un cuidadoso rito. Tres pececitas negras como la obsidiana, con sarongs de finísima gasa, daban al parroquiano un baño de esponja, poniéndolo a continuación dentro de una caparazón vacía de tortuga apenas iluminada por unas veladoras azules que a la vez eran incensarios. Rutilando de verdes y azules, una pececita murmuraba palabras ceremoniales y

ofrecía al parroquiano una concha de caracol cubierta con una estrella de mar, la cual debería saborearse hasta la última migaja después de ingerir el brebaje.

Con semejante tratamiento, Zip estaba recorrido por una deliciosa languidez, y apenas pudo alzar la cabeza para contemplarse en el espejo que le presentaba con una zalema la pececita. Porque esto también era parte del rito: el fluido luminoso bajaba, dibujando las sombras de su frágil esqueleto; cada trago que daba, la milagrosa luz le corría de boca a rabo; hasta que escanció la última gota y se comió la estrellita de mar. Le sobrevino entonces un fuerte ataque de hipo, y al abrir la boca le brotaban racimos de burbujas luminosas.

La voz del pejesapo le volvió a la realidad.

—¿Te sientes mejor?

—Me siento... hip... muy bien; muy bien... ¡Muera el amor!

—¡Que muera!

Fueron a otro cabaret, donde resplandecía este letrero: “La casa del beso blanco”. El pejesapo llamó tres veces con el tocador de jade y la puerta se abrió lentamente, sin un solo ruido. Luces de colores indefinibles parpadeaban sobre una alfombra de

musgo; eran pececitas-joyas, que miraban mansamente a los recién llegados. Un pez-linterna se inclinó ante los visitantes.

—Bienvenidos a la casa de mis joyas. La presencia de tan distinguidos señores hace palidecer las luces de estas insignificantes criaturas.

—Mi amigo es extranjero — explicó el pejesapo —. Deseo que se le atienda como se merece.

—El anfitrión dio unas palmadas con sus antenas y las pececitas-joyas se irguieron con sinuosa gracia.

—Escoja el señor —dijo el pez linterna en tono obsequioso.

Zip quedó extasiado. Sus ojos se posaron sobre una lucecita verde, más suave que las otras, y ya no se apartaron de ahí. Emitió un hondo suspiro, porque verde era su color fatal; verde era la pececita del lago, y a causa de su caída: su primer sirena.

—Perfectamente- apuntó el pez —linterna, advirtiendo el arrobo del forastero.

Varias pececitas-joyas lo cubrieron con un manto rojo, que es el color del amor en las profundidades del océano. Todas las luces se apagaron, y contra un fondo opaco, sólo la pececita

escogida brillaba, conforme fue acercándose.

Zip estaba clavado a la alfombra. Las emanaciones del licor se evaporaron de su cerebro. Un cálido resplandor fue envolviéndolo, igual que si las valvas de una concha estuvieran cerrándose sobre él. La pececita de la verde luz lo besó, dejando sobre sus labios un chisquete luminoso, como si le hubiese untado una luciérnaga. La pequeña llama fue alejándose lentamente, y cuando Zip pudo respirar de nuevo, la pececita-joya ya estaba reclinada sobre el tapiz de musgo, junto a sus compañeras.

Concurrió el anfitrión al punto.

—Servido, noble señor —dijo tomando el puñado de ámbar que el pececito le dio sin contarle.

Cuando estuvieron en la calle, el pejesapo insistió en que visitaran otro de los salones encantados; pero Zip necesitaba quedarse solo y meditar sobre los extraordinarios sucesos.

Pasó el tiempo en aquel país sin día ni noche. Zip quiso ver de nuevo a la pececita de la verde luz; pero el anfitrión le explicó que había desaparecido, porque cada vez que besaba a alguien una pececita incandescente, su luz iba apagándose y

con ella su cuerpo, hasta convertirse en polvo de perla.

Una vez Zip y el pejesapo salieron de juerga. Habían tomado unas cuantas cápsulas más que de costumbre, y se alejaron a la Gran Vía Blanca. Cordones de peces luminosos pasaban a prisa junto a ellos, portando una especie de manguera.

—¿Qué pasa? —preguntó Zip sin demasiado interés.

—No sé —dijo el otro.

Una pez-constelación emergió de entre las valvas de una magnífica concha abandonada. En sus costados chisporroteaban veinte filas de lucecitas.

—Es un incendio —dijo la bella dama.

—¿Un qué? —preguntó Zip pasmado.

—Aquí también tenemos incendios, a veces; pero son distintos que en otros lugares. Entre nosotros un incendio significa que alguna luz se está apagando. El pez-trompeta da la alarma e inmediatamente acuden los peces de fuego a tratar de reanimar la llama. Cuando una de las luces que desde aquí pueden ustedes divisar se apaga, es cosa seria; porque esas no son como las de la Gran Vía Blanca.

—¿Qué son, entonces? —
preguntó Zip.

-Son las luces del amor. Cada una es un amor, y toma millones de años para desarrollarse plenamente. Resulta que es aquí donde nació la tierra. En cuanto fue púber ascendió hacia las aguas donde ustedes habitan y salió a la superficie y se pobló de árboles y de seres. Estas lucecitas han permanecido fieles a la tierra, y al madurar, abandonan la profundidades y suben a albergarse en los corazones de los peces de regiones más altas, en los de los pájaros y los hombres del mundo; algunas escalan hasta las estrellas.

—¿De modo que esas son las luces del amor? —inquirió Zip sobresaltado.

—Sí, extranjero —respondió la pez-constelación, desvaneciendo sus luces hasta desaparecer.

—Vámonos —dijo Zip precipitadamente al pejesapo.

—Déjame en paz. ¿Adónde quieres ir? Este es el país de la felicidad.

Pero Zip ya no lo escuchó, porque se había lanzado a plena velocidad hacia las alturas del mar.

Era mejor llegar a refugio seguro y lejano antes de que se le ocurriera a alguna de esas llamas del

amor tomar otra vez posesión de su alma. El amor ya le había dado suficientes dolores de cabeza.

X - EL REY DEL MAR

En aguas del Oriente proseguía la vida con lentas cadencias familiares; lo más extraordinario, si ocurre cada día, llega a parecer natural. Los hombres continuaban sumergiéndose, con el cuchillo entre los dientes, para raspar del corazón de las ostras las perlas, ese mal tan enojoso y tan difícil de curar. Este gusto peculiar de los hombres no dejaba de causar hilaridad entre los peces, que atribuían a aquellos limitada inteligencia puesto que se ocupaban en recolectar a costa de tanto afán la basura y los desechos del océano. Si los peces podían distinguir un gusano verdadero de los que disimulaban los anzuelos, y si su

curiosidad no se veía tentada por las redes que plateaba la luna, los hombres no eran realmente peligrosos.

Aquella atmósfera serena purificaba a Zip. Con el mayor cuidado evitaba a los caracoles, temiendo que adivinaran las locuras que cometiera en la Gran Vía Blanca. Ahora que ya había bebido licores de luz y besado a un ser incandescente, se sentía más viejo y más sabio. Se atrevió aun a recordar, sin excesiva pena, a la periquita, quien a pesar de todo le había dejado ese contradictorio recuerdo dulce y doloroso que dejan las sirenas. No estaba seguro de no querer morir por otro beso de su seductora; inclusive le parecía que la historia había quedado trunca, sin el violento fin que deben tener todas las historias de amor. A veces, cuando ya no podía contener la curiosidad, espiaba cautamente la playa, teatro de su placer y de su tragedia; pero se sumergía luego a toda prisa, porque le avergonzaba que la periquita pudiera verlo. Él mismo no sabía si esto emanaba de su vanidad herida o de que con toda franqueza, no quería morir, ni con la intervención de la periquita ni con la intervención de nadie.

La calma usual de las regiones superiores se vio turbada por las noticias que llegaron del fondo. Un

pez parecido a un tiburón colosal había descendido hasta las más lóbregas profundidades aplastando las algas, rompiendo los goznes de los moluscos y levantando nubes de sedimento gris que permaneció mucho tiempo enturbiando el agua. El monstruo tenía un ojo brillante en el estómago, y de sus entrañas partía un ronquido que ningún pez de la región había escuchado jamás. Su cola se movía con violencia, y dejaba tras de sí un remolino interminable.

Huyeron los peces, llenos de terror. En su frenética prisa una numerosa familia de lenguados casi arranca los matorrales donde habitaba; tras del padre iba la madre y tras de ella los chicos, en orden de estatura, hasta el más pequeño, que trataba de alcanzar al resto nadando desesperadamente. Eperlanos, sardinas y otra gente menuda resolvió el momento chillando con todas sus fuerzas, tal y como procedían cuando se echaban a rugir los volcanes submarinos disturbando con sus erupciones hasta los más remotos países del océano. Aun los tiburones, poderosos como eran, cortaban el agua y se abrían paso entre los cardúmenes para esconderse en las grandes cavernas.

Una tortuga que nadaba laboriosamente en busca de abrigo se encontró bloqueada por la multitud y su caparazón rozó contra la piel grisácea del monstruo, produciendo un sonido hueco que repercutió en el agua hasta perder sus ecos en la distancia. El monstruo se detuvo un instante, iluminó más intensamente su ojo horrible, y continuó su camino, perdiéndose tras un muro de coral. Un remolino de estrellas de mar, caracoles, pececillos, viejas algas, arena, conchas y plancton giró por largo tiempo. Al fin se esclareció el agua; todos se arrastraban en silencio entre las grietas, mirándose unos a otros como los pájaros después de la tormenta.

—Se fue —bisbiseó un sáballo.

—¿Quién puede ser? — preguntó una trucha con destemplado acento.

-Debe ser un tiburón del otro lado del océano.

-Parece más bien una ballena, de aquellas que solían bajar hasta aquí cuando el agua era más fría.

—Sí, era una ballena.

—No; era un pez-espada sin la hoja; yo vi la cicatriz que tenía enfrente.

—No puede ser. Quizás...

Los peces formaban corros y discutían. Alguien reclamó silencio y todos escucharon nerviosamente, esperando que el monstruo regresara de un momento a otro.

Un pulpo salió de su agujero y aproximándose a los grupos de peces dijo con su cavernosa voz:

—Es un leviatán. Todavía me acuerdo de los cuentos de los viejos pulpos, mis ancestros que aún se calzaban con almejas tropicales. Ellos conocían a los leviatanes. Y ese era un leviatán, de seguro uno de los últimos que existen.

—Es un leviatán...—repitió la multitud consternada.

Pero desde bajo una piedra asomó la cabeza del caracol.

—No. Es el rey del mar —
Murmuró.

La multitud no penetró de pronto el alcance de esta revelación; pero quedó en el más profundo silencio.

Desde entonces el océano ya nunca fue el mismo. Los peces vivían en un estado permanente de intranquilidad; cada ruido los amedrentaba, haciéndolos escurrirse hacia los abismos donde brillaban las blancas osamentas de los barcos y los esqueletos de las estrellas de mar.

Disminuyó considerablemente el prestigio de los peces más poderosos. La barracuda ya no inspiraba el miedo de antes, ni la orca hacía huir con su sola presencia a todos los animales que había en los contornos. Peces que regresaban de las congeladas aguas del polo sur comentaban que hasta las ballenas parecían más pequeñas.

Únicamente los caracoles no hacían comentario alguno, ni asomaban a la entrada de sus conchas, aunque ansiosos peces llegasen a llamarlos con sus tres golpes acostumbrados. Hablaban suavemente entre ellos, tomando tales precauciones que a veces los más jóvenes se veían precisados a meter la cabeza entre los caparazones de los mayores para escuchar lo que decían. Evidentemente, no querían que se divulgara una sola de sus palabras. Quizá temieran que el mar supiese la tremenda verdad que perturbaría sus vastos confines para siempre, desde la superficie rizada por las olas hasta las simas donde los peces vivían inmóviles, para no ser destrozados por la presión.

—El rey del mar... el rey del mar...

Repetían todos estas cuatro palabras, a cuyo conjuro se silenciaban todas las conversaciones.

Desde la horripilante visión, Zip moraba debajo de una roca y no salía de ahí ni para comer; un cangrejo se acurrucó silenciosamente junto a él. Se miraban, sonreían a medias y se apretaban uno contra otro.

Finalmente resolvió salir. Después de larga búsqueda encontró a los caracoles, que se habían refugiado en el cementerio para que no los fastidiasen los afligidos habitantes del país. El caracolito malva le explicó lo que deseaba saber.

—Aquí va a pasar algo; algo muy serio. Así dicen ellos e indicaba a los viejísimos caracoles en cuyas conchas el tiempo había cavado surcos espirales. Esto es el principio del fin; un principio que por cierto no tendrá fin.

—¿Dónde va a vivir... él? — preguntó Zip en voz baja.

—En todas partes. Puede dormir, inmóvil, entre los hielos del norte, o nadar una infinidad de kilómetros sin entrar a respirar al agua. Y, lo que, es más: puede retroceder con la misma facilidad con que adelanta.

—Sí; pero ¿dónde vivirá?

—En cualquier parte. En este mismo momento puede presentarse

aquí entre nosotros. Y nadie puede hacer nada contra él porque no le calan los coletazos de delfín, ni los aletazos de la manta, ni los colmillos de la morsa, ni las descargas eléctricas de la lamprea, ni la trompa de la ballena ni la hoja dentada del pez-sierra, ni los colmillos de la orca. Es el rey del mar.

Ambos permanecieron callados, como esperando que algo les cayera encima. Los caracoles grandes llamaron al caracolito y le hablaron en secreto. Prudentemente, Zip se fue.

Era obvio que algo raro ocurría también en la tierra. Zip comprobó que la playa de las palmas estaba desierta: ni cuadrúpedos, ni guacamayas, ni las aves del paraíso, ni la periquita se divisaban por ahí. Sólo el viento pasaba entre los árboles como un viejo pez abriéndose paso de noche hacia el cementerio, para morir. Una gran tristeza llenó su corazón, y se internó en el mar.

Cuando comunicó a los caracoles lo que había visto, respondieron que ya lo sabían. Y dijeron algo más: que iba a pasar algo, algo muy serio.

XI - GUERRA FRÍA

Una caravana de peces de todos los colores imaginables llegó al país de los corales. Los caballos marinos cargaban conchas de raras mercancías; los bultos más pesados los llevaban las tortugas, que nunca habían nadado tan ligero.

Venía del Oeste, de cerca de la tierra donde el sol se oculta tras las pesadas montañas, y se irían de madrugada después de tomar un descanso.

Contaron que extraordinarios hechos estaban ocurriendo en aquellas lejanas aguas. Los hombres penetraban a las profundidades del océano con grises vestiduras y esferas luminosas ajustadas a la cabeza. Al principio nadie

sabía quiénes eran los intrusos, que se movían con lentitud de rocas; pero una lapa que se había adherido a una escafandra reveló que eran hombres, porque los ojos les brillaban a través de los espesos cristales, esos terribles ojos que tan pocos peces habían visto de cerca.

La lapa se volvió muy famosa. Moluscos la buscaban para averiguar cómo eran los hombres; pero había desaparecido. Patrullas bien organizadas empezaron a cubrir valles, montañas y cuevas, hasta que unos camarones llevaron la noticia de que detrás de las cordilleras, en los confines del cementerio, había un desierto secreto donde estaba el país de los peces que habían mirado al hombre a los ojos.

Allá se fueron las multitudes en ondulante procesión de razas y formas distintas. Como heraldos avanzaron un pez-vela y un pez-espada por entre las tristes paredes de pómez. Seres melancólicos ambulaban en silencio entre algas azules y amarillas.

—¿Pueden decirnos dónde está la lapa del país del Oeste?

Los peces los miraron callados, con sus ojos indecisos y opacos. Repitieron los enviados su pregunta, aproximándose no sin cierto

temor. Un bacalao que debía ser muy viejo se interpuso a su paso y dejó oír su voz lenta y profunda.

—Por favor, váyanse. Éste es el país del silencio. Quienes acaban de llegar, como la lapa que ustedes buscan, deben pasar por un noviciado en la región del Agua Negra, allá, en la entraña de la cordillera; cuando estén iniciados y preparados, vienen a vivir entre nosotros, para siempre. Aquí viven los peces que han visto los ojos del hombre, y como tienen tan horribles cosas que decir, indispensable es que guarden silencio. Ahora váyanse, por favor.

La ignorancia en que quedaron los pobladores de las aguas del Oeste aumentó su desasosiego. Era difícil creer que los hombres pudiesen descender tan hondo; hasta entonces, era cosa averiguada que la línea divisoria entre los dos mundos, la frontera política entre la humanidad y los moradores del mar, era la superficie del océano. Al principio los peces pensaron en destruir a los invasores por medio de una poderosa fuerza de pulpos, orcas, tiburones y ballenas; pero los grandes animales tuvieron miedo, porque vieron relucir en las manos de los buzos los pálidos cuchillos que tan imborrable recuerdo

dejaran en el vientre de sus padres y de sus abuelos. De modo que los hombres pudieron emplazar a su antojo unas grandes esferas espigadas, como erizos que flotaban casi a flor de agua.

Los peces de la caravana dijeron que los buques se habían vuelto más numerosos y más grandes, y que rugían como los volcanes submarinos. Además, especies de barcos de gris coraza posaban como patos sobre el agua, y emprendían un vuelo vertiginoso y atronador; dentro del vientre llevaban hombres que parecían manejarlos a su arbitrio. Un par de almejas recién casadas, que se habían adherido a la panza de la extraña bestia para gozar ahí su luna de miel, contaron una historia sorprendente. El pajarraco se levantó de repente, sin darles tiempo a desprenderse, y se remontó a las nubes. Las almejas pensaron en dejarse caer; pero el mar se divisaba ya como una plancha de metal bruñido, y esperaron hasta que descendiera de nuevo. Revelaron, pues, las almejas, que no había tal pájaro, sino que se trataba de un hidroplano.

Los moradores del Oriente se horrorizaron. Cuando los peces de la caravana terminaron de contar sus pavorosos descubrimientos, sólo podía escucharse la sangre pulsando en las

venas de los concurrentes, con un sonido análogo al de las gotas que caían sobre el océano en invierno.

La caravana siguió su camino al amanecer, engrosada por muchísimos peces con todas sus pertenencias. No era un viaje aquél, sino una fuga loca ante el temor de que algo serio ocurriría indefectiblemente.

—No tengan miedo —dijo calmado un pargo. Vivimos demasiado lejos y demasiado aislados del resto del mar. Aquí no va a pasar nada. Además, siempre podemos refugiarnos en el Valle Verde; no es posible que lo conozca el hombre.

Mas viendo que nadie le prestaba atención, también el pargo se unió a la caravana.

Zip se fue a ver a los caracoles, quienes permanecían dentro de sus caparazones sin pronunciar palabra. El pececito llamó en la concha del caracol malva.

—Por favor, escúchame

El caracolito se apiadó de su amigo y salió de su escondite.

—¿Qué quieres?

—Debes explicarme lo que sucede. Esto no puede seguir así, y tú seguramente sabes algo.

—Sí, pero no puedo decírtelo

—¿Por qué no? ¿Acaso soy de estas aguas? Si me dices la verdad, te prometo callar.

—Está bien; te lo diré. Pero no debes repetirla a nadie, ni a tu propia sombra.

El pececito lo prometió como se estila en el mar; comiéndose un puñado de arena.

-Esto es la guerra, amigo mío. La guerra es algo que tiene lugar en el mundo de los hombres. Se dividen en dos bandos aproximadamente del mismo tamaño, y se matan entre sí hasta que se aburren. Luego descansan; sus hijos crecen y cuando llega el momento, ellos también se dividen en dos bandos y se matan hasta que se aburren... Así ha sido siempre, desde tiempos inmemoriales. ¡Ah! Antes las guerras eran pintorescas, según dicen mis mayores. Tal vez duraban más; pero los peces se divertían mucho porque los barcos estaban preciosamente adornados, y cuando los hundía el enemigo, naufragaban entre graciosos movimientos y estelas de burbujas. Pero durante los hombres han estudiado y perfeccionado una técnica más complicada para matarse unos a otros.

—Por qué vienen al mar a pelearse? ¿No dicen que su mundo es tan grande?

—Sí; pero los hombres luchan en todas partes: en tierra y aire, en el agua y debajo del agua. No me sorprendería que encontrarán el medio de pelear también debajo de la tierra.

—¿Por qué pelean?

—Porque así debe ser. ¿No respiras tú? ¿No comes? ¿No nadas y duermes? Bueno; pues tú haces todo eso porque así debe ser; y los hombres hacen la guerra porque así debe ser.

Zip escuchaba, absolutamente atónito. Había descubierto otra dimensión del mundo y procuraba entender tan espantable hallazgo.

—Por eso los viejos no quieren que hablemos con nadie continuó el caracolito malva. Estuvo aquí anoche un caracol del Oeste; se las arregló para instalarse entre los pliegues de una manta que venía a la cola de la caravana. También él dijo muchas cosas. Ya empezó la guerra entre los hombres. Los barcos se disparan unos a otros, y de repente uno se hunde y los sepultureros se lo llevan al cementerio marino, con el capitán aún erguido en su puente. El agua se ilumina hasta lo más profundo cuando

rompe el fogonazo de los cañones. Todos los peces están aterrorizados y se han desparramado por el océano.

—Entonces, el rey del mar...

—Sí, también él es un barco del hombre; se llama submarino. Ahora pelearán bajo de agua; pero no vale la pena huir, porque lo mismo acontecerá en todas partes. Dicen que los hombres aseguran que ésta es una guerra global. Es inútil irse lejos, por más lejos que sea.

—¿Qué es lejos? —inquirió el pececito tímidamente.

—Es un sitio donde se llega tarde, y algunas veces nunca. Es lo contrario de cerca. Todas las palabras, todas las cosas, son lo contrario de otras palabras y de otras cosas.

—Y entre los hombres, ¿Qué es lo contrario de guerra?

Por primera vez el caracolito no respondió a su amigo con su acostumbrada prontitud. Empezó a retraer su pensativa cabeza dentro de su concha, y sus últimas palabras se desvanecieron antes de llegar con exactitud a Zip.

—No lo sé. Quizás esa palabra no tiene su palabra contraria entre los hombres.

—¡Ah! murmuró el pececito.

Y se alejó cabizbajo del
distrito de los caracoles.

XII - ZIP, SOLDADO

Estaba el desasosiego al rojo vivo. Los peces más gordos estimaron que había que hacer algo, y mientras encontraban solución al problema, lo revolvían y lo agitaban todo.

En la cima de la escarpada montaña que se erguía en el confín del Valle Verde, los caracoles permanecían inmóviles con la cabeza de fuera, observando la locura colectiva.

—Ha llegado el momento.

—Sí; ha llegado el momento

—Los padres desconocerán a los hijos

—Y los hijos a los padres

En efecto, el momento había llegado. Zip, que fue a explorar la superficie, regresó ahogándose.

—Todas las islas, todas, están llenas de hombres; sus armas centellan como el caparazón de los galápagos. Los aviones rugen en el aire, y los barcos arrojan humo y eructan como si llevaran cargamentos de truenos.

Los peces salieron de estampida, levantando turbiones del arenal. Atunes, macarelas, sardinas, congrios, todas las criaturas del mar acudieron a dar un vistazo al mundo de los hombres y ahí quedaron, boquiabiertos, frente a la tremenda realidad.

—Ha llegado el momento, ha llegado el momento —repetían los caracoles con la más cavernosa de sus entonaciones.

Empezaron a caer de los barcos apetitosos bocados, desperdicios estupendamente cocinados que los peces, a pesar de su nerviosidad, devoraban sin dejar rastro. Porque los peces tienen albergado el carácter y las resoluciones muy cerca del estómago, en una glándula pequeña. Y pensaron que después de todo, los hombres no eran completamente malos.

Arribaron otros peces de aguas distantes, y dijeron que también por allá los hombres estaban alimentando a la población del mar.

—Esa es la mejor comida que existe —aseguraron enfáticamente los recién llegados.

—De ninguna manera —protestaron los residentes locales. Ésta es la mejor, y por consiguiente los hombres de por aquí son mejores que los de por allá.

—Ustedes son una partida de imbéciles —gritaron los extranjeros.

—Y ustedes son una bola de cretinos —vociferaron los otros.

Una lobina imponente apareció en escena. La luz le había molestado mucho desde su temprana juventud y usaba un viejo hongo como paraguas. Porque como ustedes seguramente saben, la luz es algo parecido a la lluvia en las profundidades del mar. La lobina actuaba en plan mediador.

—Dispensen; pero creo que todos tienen razón. Ustedes dicen que la comida que proporcionan los hombres de allá lejos es buena, y eso es verdad; y ustedes dicen que la comida de los hombres de por aquí es buena, y eso también es verdad.

—¿Ya ven que tenemos razón nosotros?

—¿Cómo es eso? Él dice que los que tenemos razón somos nosotros.

—Ustedes son una partida de imbéciles.

—Y ustedes una bola de cretinos.

Y las dificultades surgieron de nuevo, con tanta violencia esta vez, que los peces de la región de las islas se unieron y desmenuzaron a los extranjeros en un santiamén. También a la lobina del paraguas la despedazaron, pues no tuvo tiempo de escapar; eso suele pasarle a los que les dan la razón a todos.

Días después llegaron despavoridos unos cuantos peces de colores, y contaron que, en el Gran Desierto, del otro lado de las cordilleras, los tiburones y los peces-espada habían liquidado a todos los peces de colores; los habían arrastrado a la superficie en masa, y los habían ahogado en la atmósfera de los hombres; ahora sólo eran como manchitas sobre el mar y se los estaban comiendo millones de peces amarillos que eran aliados de los tiburones y de los otros monstruos. Tales eran las desconsoladoras noticias que traían los supervivientes de los mares del Norte y del Sur.

—¡Mueran los peces-espada
y los tiburones!

—¡Que mueran!

—¡Mueran los peces
amarillos!

—¡Que mueran!

Luego buscaron por todas
partes tiburones y peces-espada y los
devoraron hasta los huesos. Porque los
peces combinan su furia con su apetito.

Los peces gordos
desplegaban gran actividad; mientras
más gordos eran, con mayor
vehemencia vociferaban sobre la
venganza y la justicia. Pronto surgieron
algunos líderes, e instalándose a la
entrada de grandes cavernas sobre las
cuales colocaron cartelones de
propaganda empezaron a llamar a las
masas, soplando a modo de clarines
conchas vacías de caracoles.

—¡Acá la vista...! Por aquí,
ciudadanos. Ha llegado el momento.
Nuestro honor ha sido mancillado, y
nuestros enemigos se comerán a
nuestros hijos y les sacarán los ojos
para alimentar a los tiburones-tigres.
¡Que viva el honor!

—¡Que viva...! —contestó la
turbamulta.

-Nuestros enemigos son la
clase más degenerada de peces que
jamás haya nacido. Yo, con mis propios

ojos, vi a uno comerse a su propia madre. Debemos barrerlos del agua, para que los peces decentes puedan vivir en paz.

—¡Sí, sí...! —Coreaba la concentración.

Por supuesto, cada quien se consideraba un pez decente.

—Además, llegó la hora de hacer del mar un lugar seguro, para que nadie nos moleste ni nos persiga. ¡Viva la seguridad!

—¡Que viva!

Quienes más gritaban eran los hipocampos, que se habían escapado de los establos, dando de coces a los caballerangos y devorado en un solo banquete la ración de un mes.

—Nuestro sistema de vivir está amenazado; nuestros hogares, nuestro alimento, nuestro régimen político. Debemos formar una vanguardia para acabar con nuestros enemigos, y una retaguardia para compactar a nuestros amigos. ¡Vivan nuestros enemigos!

—¡Que vivan! —gritó enfurecida la grey

—No, dispensen... Que mueran, ¡Vivan nuestros amigos!

—¡Que mueran! —decían los peces con fervor.

—¡No, que vivan! —corrigió con voz estentórea el orador.

—¡Que vivan!

La multitud procedió a hacer trizas todo lo que encontraba, y el agua se llenó de hojas de algas, arrancadas de las arboledas como por el azote de una tempestad.

Salmones y macarelas establecieron diligentemente puestos de socorro, y algunos peces gordos, bajo la supervisión de una morsa, tomaron posesión de la municipalidad y desde ahí gobernaban de noche y de día. Cuatro bonitos actuaban como ujieres, escoltando a los que se presentaban ante el augusto tribunal.

—Un pez azul —anunciaban los bonitos.

—Que pase —ordenaban las autoridades.

—He venido como voluntario.

—Muy bien.

Pesaron y midieron al pez azul, le dieron una concha de identificación y lo apartaron en una cueva donde otros peces azules cantaban himnos patrióticos y canciones de despedida para sus hogares.

—Un pez colorado — anunciaron los bonitos.

—Que pase.

—Soy voluntario.

—Muy bien.

Después de hacerlo pasar por el trámite rutinario mandaron al pez colorado a otra cueva, con los de su especie.

—Un pez dorado.

—Que pase.

A éste lo trataban con miramientos, porque sus escamas resplandecían con todas las luces del metal. No obstante, también le asignaron su departamento.

Llegaron así millares y millares de voluntarios, ardiendo de fervor patriótico. Muchos procedían de muy lejos, y como nada o muy poco sabían de lo que estaba ocurriendo, se formaron brigadas especiales para traerlos. Se les conducía amarrados con preciosas raicecitas o con retazos de junco, al edificio de gobierno.

Un pez de lejanas aguas, que viene como voluntario —anunciaban los bonitos.

—Que pase.

Les quitaban las amarras y los destinaban al departamento de su género.

Zip no sabía qué hacer. Mientras la situación se ponía verdaderamente seria decidió refugiarse en lo más espeso del bosque, junto a

cangrejos y tortugas que habían llegado a aquella región a estudiar filosofía con los caracoles, y ya estaban en cuarto semestre. Se sentía muy desgraciado; de modo que fue a consultar a sus sabios amigos, con quienes la autoridad no se metía por considerárseles físicamente ineptos.

—Sólo cuando morimos somos útiles a la causa; entonces soplan nuestros caparazones para llamar a las multitudes —se quejaban los caracoles

—¿Qué es lo que pasa? — preguntó ansiosamente el pececito.

—Es la guerra, amigo mío, como en el mundo de los hombres. Se sabe cuándo comienza, pero no cuando termina; tal vez nunca, que es lo opuesto a siempre y sobre todo a hoy. Todo esto comenzó por cuestión de comida; en verdad te digo que quienes dan de comer a otros, pueden hacerlos pelear.

—Pero, ¿por qué?

—Eso lo saben quiénes dan de comer.

—¿También van a pelear los corales, las algas, las rocas y los líquenes?

—No, porque ellos no comen como nosotros. En verdad te digo que los que no comen, nunca pelean.

Con estas palabras los caracoles se sumergieron en sus conchas con mayor rapidez que de ordinario.

Zip se encaminó resignadamente a la casa de gobierno y se presentó ante los peces gordos, que habían sido condecorados con diversas joyas del mar por supremo valor en el cumplimiento del deber. En ese momento dos bonitos expulsaban del lugar a una ostra, que hacía chirriar en protesta sus valvas apretadas. La ostra había tenido el atrevimiento de recomendar que los pescados la imitaran, enconchándose y olvidándose de la guerra; por tan sacrílegas palabras la iban a destripar con una piedra.

Un pececito —anunciaron los ujieres.

—Que pase.

Zip compareció ante los dignatarios. Lucían tan majestuosos que no parecían los mismos que todo el mundo había visto corto tiempo atrás, con su modesta apariencia de peces gordos. Después de inscribirlo, los jefes le explicaron que sus obligaciones eran sencillas.

—Toma esta bolsa de arena vidriada, estas púas de erizo y estos chaves de botella. Lo que tienes que

hacer es unirse a tus compañeros y en cuanto veas un enemigo le arrojas la arena a los ojos, le metes las púas en la barriga y con el filo del vidrio, la tasajeas aquí, bajo las aletas, hasta que veas que se desprenden flecos de piel. Luego escoges nuevamente tu material bélico y atacas a otro enemigo.
¿Comprendes?

La ambulancia tuvo que llevarse a Zip en unas angarillas a la caverna de los peces sin nombre, porque se había desmayado. Los del personal de primeros auxilios se precipitaron generosamente a curarlo; pero los jefes decidieron que era mejor dejar que la naturaleza obrara por sí misma, porque los médicos estaban a punto de matarlo.

XIII - TIBURONES A LA OFENSIVA

Revuelto andaba todo el mar, donde antes abundaban los tiernos sonidos de la paz, las sonrisas y la alegría de vivir. Zip apenas podía creer que sus congéneres fueran tan belicosos. Era normal que las barracudas o las tintoreras desplegaran semejante agresividad; pero aun las sardinas, tan femeninas y delicadas, marchaban en filas de a cuatro y adoptaban aires marciales.

Desde que los hombres empezaron a pelear en el océano, los precios se fueron a las nubes en los almacenes. Los comerciantes explicaban que su vida estaba en continuo riesgo para servir a su respetable clientela, que las vías de

comunicación eran largas, y otras cosas.

Los peces que se aventuraban en la superficie contaban que la noche ya casi no existía: el cañoneo iluminaba las olas continuamente. Los observadores de este fenómeno dieron datos confusos e incompletos, pues hubieron de huir ante las balas que surcaban la atmósfera como peces incandescentes y zumbaban dentro del agua con un lamento agudo.

Un día los centinelas de avanzada llegaron poseídos de pánico, anunciando que un ejército formidable marchaba contra el país de los corales; era tan numeroso que oscurecía el agua como una gigantesca bocanada de pulpo. Los peces-tambor y los peces-trompeta tocaron la alarma y las filas de guerreros se organizaron en un periquete. Al frente iban los peces rojos, en interminables batallones; luego los peces azules, los listados y punteados, los plateados y por último los dorados. Las líneas estaban dispuestas de modo que podían abrirse para dejar pasar fuerzas enemigas y cerrarse sobre ellas con mortal presión.

Toda la región fue cuidadosamente camuflada. Los acantilados coralinos se cubrieron de

ostras y almejas. Esponjas y raíces recubrían las cavernas estratégicas. Cada batallón estaba supuesto a luchar en el terreno que matizaba con su propio color; tan drástica era la medida que Zip fue expulsado de las filas de los peces rayados y alineado entre “los de color indefinido”, a cuyo género tenía el honor de pertenecer.

Lejos se escuchó el clarín de los caracoles anunciando la presencia del enemigo. Los peces-tambor redoblaron enseguida.

—¡Adelante, adelante! —gritó un pez armado hasta los dientes, acurrucado tras de una roca.

—¡Adelante! —repitieron los peces de colores; y su voz se extendió como un largo trueno por el mar.

El enemigo apareció a las 3.45 p. m. Al frente avanzaban los peces-espada, entremezclados con peces amarillos y peces-vela; seguían los tiburones, mostrando sus dientes cónicos y aserrados.

Los peces de colores aguardaron inmóviles; de pronto irrumpieron de entre la vegetación donde se disimulaban, y se trabó el combate.

Desde la octava erupción del Krakatoa no se oía en el mar semejante estruendo. Los peces-espada atacaban

a los peces-lanza, paraban en segunda y les hundían la estocada de Nevers entre los ojos. De pronto entraron en acción los tiburones; pegados al fondo, nadando de lado, mostraban sus pálidos vientres y girando al mismo tiempo en escuadrones de a treinta, partían a los meros en dos y se tragaban a los peces de colores por racimos.

—¡Adelante, adelante! — gritaba un cangrejo, que había cogido a un pez-vela por la nariz y le pinchaba los ojos con las tenazas.

La cosa no iba muy bien que digamos; la mortandad entre los de color era pavorosa. La señal secreta de los caracoles anunció que había llegado la hora de recurrir a los peces-sierra. Cuatro róbalos sujetaban a los tiburones por los extremos, mientras los cortaba por la mitad el pez-sierra; de vez en cuando éste tenía que ir a los talleres de mecánica a afilarse el instrumento porque los escualos eran durísimos.

Conchas y espadas, sierras y escamas resonaban por todas partes. Zip prestaba su pequeña colaboración; deslizándose cautelosamente bajo los combatientes pinchaba a los enemigos en las posaderas para que al revolverse los atacasen los de a caballo. Éstos se

especializaban en recorrer los lomos de los tiburones a plena velocidad, ensartándoles ganchos de hierro y abriéndoles verdaderas zanjas en el pellejo.

Por último, ambos bandos se retiraron a posiciones estratégicas y la batalla cesó sin definirse. Los jefes celebraron un conciliábulo de emergencia.

—La situación es grave— dijo uno.

—Sí, es muy grave —apoyó otro.

—Después de considerar los hechos favorables y los hechos desfavorables, debemos reconocer que la situación es relativamente grave.

—He escuchado atentamente lo manifestado por mis sabios colegas y estoy completamente de acuerdo — opinó un cuarto—. Porque, como lo decía el distinguido jefe que me ha antecedido en el uso de la palabra, la situación es particularmente grave.

—Gracias, colega — respondió el aludido—. Y, es más: la situación tiene caracteres alarmantes.

Todos convinieron en que, efectivamente, la situación no sólo era grave sino alarmante. Acto continuo se redactó con tinta de calamar un documento que así lo hacía saber a las

tropas en descanso, y que fue voceado por los bonitos en calidad de orden del día.

Los peces de colores se desconcertaron un tanto, porque ya todos se daban cuenta de la situación.

Justamente en ese momento se oyó una honda voz de caracol que decía:

—Los pulpos.

Nada más. Pero todos comprendieron y estallaron en un grito de júbilo.

Los jefes celebraron nueva conferencia y llegaron a la conclusión de que la situación era grave, pero no alarmante; porque los pulpos, que eran el arma secreta, entrarían en acción en la próxima batalla.

XIV - COMPILACIONES INTERNACIONALES

Los tiburones atacaron con su acostumbrada furia; pero en vez de presentárseles oposición, los peces de colores abrieron sus filas para dar paso a los pulpos.

La táctica de los pulpos era un tanto complicada; pero daba excelentes resultados. Enganchaban dos de sus tentáculos entre las agallas del enemigo impidiéndole respirar, mientras con otros dos aseguraban la cola; con el otro par le azotaban sin misericordia el cuerpo y con el último le hacían cosquillas debajo de las aletas. Los tiburones no morían de las heridas;

pero casi siempre morían de risa o de *shock* nervioso.

Arma tan decisiva hubiese acabado seguramente con el enemigo; por desgracia, a fuerza de usar tanto los tentáculos, le salían callos a los pulpos, y ahí los mordían sañudamente los peces amarillos, forzándolos a retirarse a mejores posiciones bajo la protección de una cortina de tinta.

Hubo una tregua. Reunidos alrededor de las anémonas y de las luciérnagas marinas, los peces de colores se entregaron a sus melancólicos pensamientos, mientras cuatro o cinco bravos cantaban junto al vivac.

En esto se dejó de oír la voz de los caracoles.

—Bombardeo continuo.

Aunque tan sabios animales no podían proponer algo que no fuese efectivo, esta vez continuó la incertidumbre; mas no por mucho tiempo porque en cuanto se reanudó la batalla, enormes rocas empezaron a rodar desde las regiones superiores, cayendo sobre el enemigo con matemática precisión. Las rocas volaban arrasando cuanto hallaban al paso, mientras los peces-trompeta emitían los lamentos más escalofriantes. Doce mil quinientos diez

peces enemigos fueron aniquilados; otros murieron de terror. Así terminó la operación.

Los observadores que mejor observaban anunciaron que el enemigo estaba deliberando para neutralizar los efectos de los bombardeos, y que los jefes habían emitido una orden del día declarando que la situación era particularmente grave.

Los peces de colores resolvieron dejar caer inmediatamente las rocas sobre el cuartel general del enemigo; pero lo encontraron totalmente a oscuras. Las anémonas y los peces-linterna estaban cubiertos con follaje y conchas, y nadie se veía ni la punta de las aletas.

Además, habían surgido complicaciones internacionales. Una comisión del País de la Luz presentó formales reclamaciones porque muchas piedras rodaron hasta la profundidad, haciendo víctimas en la Gran Vía Blanca. Los embajadores declararon que había muerto la pez-constelación, precisamente cuando se preparaba para elevarse a superiores regiones y encender con las luces del amor el corazón de una privilegiada cortesana. Zip casi se alegró de la noticia.

Los peces de colores dieron a la embajada explicaciones

satisfactorias. Entre otras cosas, revelaron que era el enemigo quien había arrojado las rocas, y como prueba de su aserto abrumaron a los embajadores con tiernos capullos, gusanos vitaminosos y otros presentes no menos nutritivos. La delegación del País de la Luz se fue muy satisfecha, y malas lenguas dijeron que había ido a presentar sus reclamaciones con no menor dignidad al enemigo, el cual también les proporcionó satisfacciones morales y materiales. Tan agradable se hacía la misión, que era de temerse que la embajada retornara al país de los peces de colores a presentar nuevas reclamaciones; mas la noticia no estaba oficialmente confirmada.

La nueva batalla estaba a punto de empezar, cuando un rugido que todos recordaban se expandió por el océano, paralizando de horror aun a los más valientes. El Rey del Mar venía rastreando por la profundidad seguido de otros dos, con sus grandes claraboyas encendidas.

—El rey del mar... El rey del mar...

Los peces de ambos lados empezaron a discutir, reunidos por la fuerza universal del miedo. Uno de los peces amarillos aseguró en tono doctoral:

—Es un leviatán.

—No —corrigió un pez rojo—;
es el rey del mar.

Y la lucha se entabló tan
enconada como antes.

Las tortugas entraron en
acción. Tras la caballería, que
levantaba cortinas de arena, avanzaban
en apretadas filas las tortugas, contra
las cuales se amellaban los dientes y
las espadas de los adversarios.

Así continuó la guerra. Un
bando inventaba un arma y al poco
tiempo el otro bando la neutralizaba o
inventaba otra. Mientras tanto los
cementorios se estaban llenando, y el
problema era serio porque también los
barcos de los hombres se hundían cada
vez en mayor número.

—Si continúan viniendo ellos,
ya no cabremos en nuestros
cementorios —observó Zip a un caracol.

—Entonces enterraremos a
nuestros muertos en las playas del
mundo de los hombres —respondió con
seriedad el caracol.

Un día pasó lentamente hacia
el fondo un submarino, conducido por
los sepultureros; adentrado, como si un
pez-espada lo hubiese partido de un
tajo formidable.

—¡Mira, mira! —gritó Zip, casi
sin aliento—. El rey del mar.

—Sí —respondieron los caracoles.

—¿De modo que también él debe morir?

—Todo muere en el mundo.

Entonces se extendió por la vastedad la noticia de que los hombres no eran fundamentalmente distintos a los peces.

Entretanto el enemigo rehizo sus filas, y desde los hielos polares trajo otra arma devastadora: las ballenas, ante las cuales las tortugas galápagos y aun los cachalotes parecían renacuajos.

Los peces de colores se retiraron a posiciones estratégicas después de intentar vanamente abatir a los colosos, que se tragaban tranquilamente batallones enteros.

—Las cosas muy grandes no se pueden destruir desde afuera, sino desde dentro— dijeron los caracoles—. Las pequeñas lapas perforan las quillas y las armaduras, y reducen barcos enteros a mesas informes. Gota a gota las mareas socavan las más firmes playas del mundo. Debemos penetrar a las ballenas a toda costa y trabajar desde dentro su muerte.

Un alarido de contento recorrió las huestes. Millares se ofrecieron como voluntarios; pero se acordó dejar a cada quien con su suerte

puesto que las ballenas devoraban sin discriminación a todos los que estaban por los alrededores.

—¿Me tocará a mí?

—¿Me tocará a mí?

Zip no pronunciaba palabra; pero un extraño presentimiento le avisaba que él ya estaba marcado por el destino, puesto que le habían ocurrido tantas cosas extraordinarias.

Así fue, en efecto. Apenas comenzó la batalla, una ballena succionó el agua poderosamente, deglutiendo peces, caracoles y cuanto bicho tenía enfrente. Entre ellos a Zip.

Tuvo la misma sensación que cuando lo sorbió el túnel de desagüe en Atilán; era como estar en el centro de un cataclismo que terminase en la más profunda oscuridad, una oscuridad análoga a la muerte.

XV - UN MUNDO CON RELOJ

Una montaña de agua invadió las fauces abiertas del monstruo, dividiéndose en correntadas que pasaron silbando entre la trama de los dientes de su gajate. Luego todos los sonidos se sofocaron y Zip se deslizó con rumbo desconocido en la siniestra oscuridad. El agua batía las paredes de un larguísimo túnel.

Corrió tiempo antes de que el pececito se recuperara de la impresión de encontrarse en mitad de semejante maremágnum. La proximidad de lo desconocido y la posibilidad del castigo más allá de la tumba le impulsaron a recordar su azarosa suerte y a juzgar

sus debilidades: la afrenta que causara al pez amarillo en el lago, su aventura amorosa con la periquita, su vida disoluta en la Gran Vía Blanca, y aquel beso de luz verde, que aún le quemaba los labios.

En la negra soledad, el tiempo se iba con mayor lentitud. Esta aventura lo había anonadado porque, después de todo, nunca se lo había tragado nadie. ¡Se sentía tan inválido, tan atemorizado! Reuniendo todas sus fuerzas, emitió un pequeño chillido:

—¡lil!

Nadie respondió. Perdió su voz en la distancia, a lo largo del oscuro pasaje. Animado por el hecho de que al menos nada peor ocurrió, se dispuso a repetir su experimento:

—¡lil!

Cerca de donde estaba, una vocecita respondió con igual cautela. Luego otra, y otra más lejana.

—¿Sois almas de esta vida o de la otra? —preguntó Zip temblando

-De esta- respondieron.

Con toda cautela se aproximaron unos a otros. Eran peces del mismo batallón y los había sorprendido el común infortunio.

—Debemos explorar juntos la ballena —dijo el más corajudo—. Si nos separamos, quizá no volveremos a

encontrarnos. Cantemos a coro y si alguno se calla sabremos que algo le ha pasado.

—Muy bien —convinieron.

Y acostumbrados a las prácticas guerreras de los últimos días, se alinearon de a cuatro en fondo y rompieron a cantar así:

“Marchemos, hijos de los maaa...res
hasta vencer oooo... perecer
la ballena nos viene muy amplia:
esto no es verso, pero es la verdad
esto no es verso, pero es la verdad...”

De repente se calló uno de los del cuarteto, y los otros tres lo imitaron automáticamente.

—¿Qué... pasa? —
tartamudeó Zip.

—Luz... allí... enfrente.

Era verdad. Las aguas empezaban a iluminarse y contornos, tonalidades y sombras se hacían perceptibles. Los peces sonrieron al reconocerse. Eran dos peces rojos, uno dorado y Zip, que en aquellas circunstancias especiales parecía verde. Se acercaron a la luz con infinitas precauciones. Murmullo de voces. El pasaje se abría en una espaciosa gruta de cuyo techo pendían,

fuera del nivel del agua, lámparas hechas de conchas marinas.

—Adelante, extranjeros —dijo una voz con entonación nasal.

Los pececitos se llenaron de alegría al notar que otros compañeros del mar ya estaban instalados en la gruta: peces de diversos colores, pólipos, tortugas, hipocampos...

El anciano caracol que les había dado la bienvenida, sonrió.

—Bueno, bueno... Más peces del mar... ¿Y ustedes también vienen a destruir la ballena? Caramba, caramba... En otras palabras, los esfuerzos de varias gloriosas generaciones de nativos dedicadas a hacer este país habitable, fueron inútiles.

—Pero este monstruo está acabado con nuestros ejércitos, que como usted sabe, tienen razón —dijo uno de los pececitos-. Después de todo, no vemos los grandes progresos que ustedes han hecho aquí.

—¡Ah! En eso radica la sutileza de nuestros esfuerzos. Casi todo lo que aquí se ve ha sido inventado por nosotros; con excepción de la ballena, naturalmente. El confort no es sino una suma de cosas que no sirven mucho, pero que se vuelven indispensables sólo porque las

poseemos, y que sólo se aprecian cuando se pierden.

—De manera que la luz...

—Sí, la luz es uno de nuestros inventos —dijo el caracol—. Yo sé que cualquiera habría dado al fin con esa idea; pero la verdad es que ninguno la concibió, salvo el inventor. Consiste en aceite de ballena en conchas, con mechas manufacturadas de raíces. Una vez la ballena se tragó unos fósforos y desde entonces, mantenemos la llama ardiente, bajo el cuidado de un comité especial de pececitas vírgenes. Pero tenemos muchas otras cosas que comprueban nuestro progreso.

—Lo sentimos mucho- dijo cortésmente el pez dorado; pero guerra es guerra, y puesto que el monstruo colabora con nuestros enemigos, debe desaparecer.

—Yo no me opongo a sus planes. Sólo quiero recordarles, con el debido respeto, que la guerra de ustedes pretende darnos un bienestar que no hemos solicitado. Naturalmente, una guerra sin ideas bélicas sobre la paz, como por ejemplo la imposición de la felicidad, sería un absurdo tan grande como una guerra que terminara sólo para empezar de nuevo.

Los peces encontraron esto muy complicado; mas persistieron en su determinación de aniquilar al monstruo.

—¿Es en este lugar donde termina la ballena? —preguntó un pez punteado.

—¡Oh, no! Este es un mundo muy grande. Todos vivimos en diferentes órganos y cada órgano tiene su alcalde. Nuestra tranquilidad se basa en la ausencia de gobierno establecido. El gobierno traería la política, y ésta concentraría nuestra atención en lo que no sirve para nada.

—Pero, ¿no son los alcaldes del gobierno? —preguntó un hipocampo.

—Sí; pero nosotros parecemos iguales, aunque somos iguales. De vez en cuando nos reunimos en esta gruta, que es el salón de sesiones públicas, y convenimos por unanimidad de votos en que todos tenemos razón. Yo vivo aquí, con lo más antiguo y venerable de la ballena, inclusive su árbol genealógico, su certificado de nacimiento y los planos de su estructura. Yo soy el centro de la ballena porque represento la tradición, que es lo más importante. Hay que darse cuenta de que el lenguaje, y aun la existencia misma, son tradiciones. El supremo mandamiento es evitar el dolor

y como los dolores pasados ya no existen, porque se olvidaron, la felicidad reside en recordar que el pasado es mejor que el presente.

—Pero usted dijo que de los inventos depende el progreso — observó el hipocampo, que era muy agresivo.

—Dije que el progreso se comprueba con nuestros inventos; pero no dije que el progreso es bueno. Hasta yo he inventado alguna cosas, no crean... Yo he inventado parte de la historia de la ballena y debe ser buena porque los demás la creen.

—¿Y en la historia aparece lo malo que ha hecho la ballena, como aplastar pueblos inocentes y comerse a los animales más chiquitos? —dijo el hipocampo

—Lo malo nunca aparece en la tradición —respondió amablemente el caracol.

Una voz hizo ecos entre la maraña de los corredores. Un pecesito gordo pasó gritando a voz en cuello:

—Las cinco y veintiséis, las cinco y veintiséis...

Momentos después regresó, chillando más fuerte:

—Las dos y treinta y siete, las dos y treinta y siete...

—¿Ése quién es? -
preguntaron a coro los peces.

—Ese es el tiempo —
respondió el viejo caracol—. Por
mayoría de votos acordamos medir el
tiempo. Es cierto que ese pececito no
sabe contar, de modo que después de
las seis anuncia las tres menos cuarto;
pero eso no importa. Lo que queremos
es que se nos recuerde que el tiempo
marcha incesantemente, para que todos
trabajen y hagan las cosas más aprisa.

—¿Trabajar? - preguntaron
consternados los peces, especialmente
las tortugas.

—Naturalmente. Nuestros
antecesores trabajan, y nosotros
tenemos que continuar la tradición.

—¿Y todos los demás
piensan como usted? —preguntó
cortésmente Zip.

—De ningún modo. Por eso
somos diferentes. Es verdad que todos
somos grises y carecemos de los
colores que ustedes poseen; pero cada
quien piensa como le parece. No hay
que olvidar que somos iguales, aunque
parecemos iguales.

Los pececitos decidieron
explorar la ballena y nombraron una
patrulla de reconocimiento con siete de
distintas especies, entre ellos Zip. El
caracol les proporcionó un guía, bajo

cuya dirección recorrieron pasillos y grutas cuyos muros estaban llenos de pliegues. En uno de los compartimientos encontraron al pececito que venía anunciando:

—Las once y cuarto, las once y cuarto...

—Buenos días —saludaron atentamente los emisarios.

—Buenas noches, querrán decir ustedes.

Ellos rectificaron que, en efecto, eso era lo que querían decir. El gordito explicó de prisa:

—Yo soy Relojito, el centro de la ballena, porque represento lo más importante, que es el tiempo. Ni tradición ni progreso existirían sin mí, puesto que ambos están formados por las horas que anuncio. El tiempo debe medirse porque de lo contrario no sabríamos la duración del placer y eso nos daría dolor. Hay que evitar el dolor. La persecución de la felicidad depende de saber que es tarde y que debemos apurarnos. Sin el tiempo no sabríamos quién es más inteligente y más capaz. El que llega más temprano es el más inteligente y el más capaz. Y ahora, dispensen; tengo que irme.

El pececito se alejó proclamando:

—Las diez en punto, las diez en punto...

La comisión continuó su viaje y se detuvo en una cueva que olía muy bien. Un obeso pescado devoraba toda suerte de delicadezas.

—Pasen, pasen —dijo con los carrillos llenos—. Yo soy Panzio, el centro de la ballena, porque represento lo más importante, que es el estómago. Supongo que querrán ustedes saber muchas cosas; pero yo no hablo nunca antes de comer. Naturalmente, en cuanto termino de alimentarme empiezo de nuevo; pero ya encontraremos un momento apropiado. Entretanto, sírvanse lo que quieran.

Los peces se congregaron alrededor de Panzio y se dedicaron a comer, casi convencidos de que efectivamente él representaba el centro de la ballena.

XVI - EL ALCALDE DEL CORAZÓN

—Coman, coman —urgía Panzio a sus comensales. —Setentidós bocados por cabeza. Hay que ser exacto y rápido porque en eso se basa la estabilidad social. Antes éramos únicamente rápidos; pero desde que se regó la epidemia, que es causada por un microbio, también somos exactos.

—Si sigue moviéndose constantemente le hará mal —advirtió Zip con solicitud.

—Nuestro deporte nacional es el movimiento. La quietud hace pensar y eso es malo.

—¿Por qué? —intervino la tortuga.

—Porque duele la cabeza; y hay que evitar el dolor para no perder el

apetito. Entre nosotros todo lo es el sentido común, que consiste en saber perfectamente que lo imposible no ocurre. Hay que ser práctico, amigos míos, porque los peces prácticos no tienen dolor de cabeza y engordan; y todos los gordos son bellos.

—Pero, ¿no duda usted de que la belleza sea la gordura y no otra cosa? —preguntó un pez azul.

—Yo nunca dudo —respondió impasible Panzio—. Por eso soy el alcalde del estómago.

Los peces de la comisión marítima habían terminado sus setentidós bocados y se disponían a reclinarsse sobre el musgo.

—Eso es todo —dijo Panzio enderezándose.

—¿Todo qué? —preguntaron varios, sorprendidos.

—No podemos seguir hablando porque se me acabó la conversación. Además, debo continuar comiendo.

Los peces se fueron y el guía los condujo por un pasadizo que remataba frente a una puerta con cerrojos.

—¿Qué es esto? —preguntó el pez dorado.

—El departamento del bien y el mal —musitó el guía—. El único que

puede entrar aquí es el Viejo caracol; pero como ustedes son tan distinguidos visitantes, me ha dado la llave. Si no tienen inconveniente, esperaré aquí afuera.

Los pececitos abrieron el portón y cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra vieron una especie de tubo enrollado en forma de un gigantesco signo de interrogación. Nada pasaba ahí y salieron, intrigados. El guía explicó que la enigmática estructura era el intestino, cuya actividad nadie conocía a punto fijo. Ni siquiera tenía un alcalde y malas lenguas comentaban que quien caía en aquel laberinto no regresaba nunca más.

Llegaron frente a una pequeña cueva amarillenta. Una nerviosa pescada se plantó frente a ellos.

—¿Qué quieren? Nada, supongo. Por si les interesa, soy Bilisia, la alcaldesa del hígado, que es el centro de la ballena. Soy la única persona de carácter en este asqueroso lugar. Persigo la felicidad no metiéndome con los de ahí afuera. Perdono a los ignorantes y a los estúpidos; pero no a los que se creen felices porque llegan a creer que no les duele nada.

—Dispense —insinuó discretamente Zip—, pero ¿cree usted que el odio ayuda a vivir?

—Yo no creo en nada porque si creyera, sería en algo diferente a lo que creen los demás, y todos dirían que no tengo razón. Eso me daría mucha cólera, lo cual a su vez me ocasionaría dolor. Una debe vivir sola y afirmar que el lugar donde vive es mejor. Eso es todo. Y ahora, váyanse, porque me están haciendo perder el tiempo.

Bilisia cerró de golpe la puerta de su cueva.

Los peces quedaron desconcertados por el mal genio de la alcaldesa y se fueron.

Un poco más lejos había una cueva llena de peces atareados con ejes, pistones, émbolos y engranajes, que echaban líquidos de colores en pipetas y registraban afanosamente los resultados. Una gruesa membrana los separaba en dos grupos aproximadamente iguales. El alcalde del lugar estaba tan ocupado en la supervisión de sus súbditos que apenas notó la presencia de la comisión.

Explicó el guía que ésa era la cámara de los inventos. La tarea de sus habitantes era agotadora: un grupo estudiaba meticulosamente los descubrimientos del otro y se aplicaba a

fabricar los instrumentos necesarios para contrarrestarlos. Aunque los inventores eran bélicos, rara vez se peleaban porque Relojito visitaba aquel sitio con más frecuencia que al resto de la ballena, anunciando que era muy tarde. Por cierto, en ese instante gritó junto a la entrada:

—Las dos y cuarenta y nueve. Las dos y cuarenta y nueve...

—Algunos entraban y salían conduciendo mensajes. Su misión era convencer a los alcaldes de los otros órganos de la ballena de que les urgía adquirir tal o cual pieza de repuesto, tal o cual objeto, los necesitaran o no.

Los pececitos estaban asustados por la agitación de aquel lugar y siguieron su camino.

—Pronto desembocaron en una espaciosa sala desierta y solemne, a cuya entrada un letrero de piedra-pómez decía:

“Esta era la morada de la imaginación, quien, por razones desconocidas, murió a las ocho y veinte. Sus restos se encuentran en el cementerio, junto a los sarcófagos de las estrellas de mar. R.I.P.”

Nadaron a lo largo de un túnel mal iluminado, y después de muchas vueltas arribaron a una cámara más roja

que las otras, que palpitaba rítmicamente.

—Entren, entren extranjeros —dijo un pez de ojos dulces—. Yo soy *corazonoff*, el centro de la ballena. Posiblemente habéis encontrado personas rudas en vuestro viaje hasta aquí; pero debéis disculpar. Ahí afuera los ideales han muerto. Quien tiene ideales nunca sufre dolor. La persecución de la felicidad radica en suspirar; el que suspira crea sus propias alas.

Los pececitos empezaron a suspirar; pero por más que examinaron, las alas no les brotaban por ninguna parte. La tortuga, que se consideraba defraudada, preguntó:

—¿Cuánto debe uno suspirar para que le salgan alas?

—Toda la vida. En eso consiste el romanticismo. El romanticismo es desear lo que no llega y lamentarse si llega. La vida es amor: filial, amigable, matrimonial, siempre amor. Hay que evitar el dolor, y esto se consigue con la dulzura y con la seguridad de que el ser amado es perfecto.

—Pero, ¿y la verdad? —rebató Zip, que había aprendido a hacer esta clase de preguntas desde que se asociaba con los caracoles.

—La verdad debe ocultarse cuando no es agradable— respondió con ojos lánguidos Corazonoff—. La única razón de existir de las cosas es su belleza, la cual puede ser linda o interesante cuando no podemos decir nada sobre ella.

—Sí; pero, ¿Cuánto tiempo hay que suspirar para que le salgan alas? — preguntó la tortuga.

—Toda la vida. Ahí está el placer.

—Dispense —interrumpió Zip —¿Quién manda la ballena entera, usted o los otros alcaldes que hemos visitado?

—Yo, por supuesto — respondió Corazonoff con aire modesto—. ¿Deseáis una prueba? Muy bien. Fijaos.

Suavemente tiró de unos cordones rosados. El techo de la cueva empezó a gotear. No tardó en producirse el efecto final: una especie de terremoto sacudió la ballena de trompa a cola y las paredes del corazón se contrajeron hasta que parecía que iban a saltar en pedazos.

—¿Qué sucede? —gritaron los peces aterrorizados.

—No se alarmen —dijo Corazonoff sonriendo tiernamente—.

Sólo tiré de las cuerdas del amor, y la ballena besó allá afuera a un balleno.

En masa, la comisión de peces del mar abandonó precipitadamente el recinto, convencida de que era en verdad peligroso, quizás más peligroso que el departamento del bien y el mal.

XVII - MAGIA DE CARACOL

Los peces continuaron la exploración del país donde todos tenían razón. Subiendo por un desfiladero llegaron a otra cueva llena de extraños mecanismos, similares a los que se encontraban en las entrañas de los barcos. De entre las nudosas circunvoluciones salió una pescada de anteojos, con expresión de arrogante calma. La sonrisa irónica que curvaba sus labios parecía contradecir su aire impasible.

—Entren, viajeros- dijo una voz sin reflexiones—. Yo soy la alcaldesa de este lugar. Me llaman Cerebelia. Soy más importante que los otros porque represento al cerebro, y no

porque haga algo en particular. Vivo apartada en la soledad porque no le sirvo a nadie para nada.

—Pero los otros alcaldes de seguro la consultan —apuntó el caballito, que prefería las respuestas simples.

—Absurdo. Todos obran sin escucharme. Prefieren tener razón y no pensar.

—¿Por qué? ¿Por qué el pensamiento da dolor? —Preguntó Zip.

—Sí; pero sólo mientras se averigua que para ser feliz se necesita inteligencia.

Pero, eso es difícil de comprender —dijo el hipocampo.

—Es cierto; pero sólo hay dos maneras de aprovechar las palabras: creyéndolas sin entenderlas o entendiéndolas sin creerlas

—De modo que usted también tiene convicciones —intervino el pez azul.

—Naturalmente. Mis convicciones se reducen a pensar con claridad y a dudar hasta un extremo que no perjudique mi tranquilidad y mi saber.

—Pero, ¿es el saber lo más importante?

—Lo único importante es dudar.

—¿Y el amor? — dijo el pez azul.

—El amor es lo contrario de la duda. En todas las formas de la seguridad hay mucho de estupidez.

—¿Sería entonces Panzio el alcalde más estúpido? —dijo Zip.

—Tal vez no. No es que Panzio carezca de dudas; lo que ocurre es que las olvida comiendo. Se necesita explicar con cierta inteligencia porque cree uno en lo que cree.

—Entonces el que tiene razón es el Viejo caracol, que tan bien explica el pasado.

—El Viejo caracol crea el pasado por absoluta incapacidad de comprender el presente o de crear el futuro —cortó Cerebelia despreciativamente—. Esa es su defensa, no su razón.

—Perdóneme, ¿Cuál es la defensa de usted?

Cerebelia meditó un rato y dijo:

—Mi defensa consiste en rechazar todo lo que no puedo aprender o sentir. Mi defensa es evitar mis debilidades, las cuales son tan concretas como las piedras. ¿No comprenden? Si tuviera yo seguridades dejaría de ser la alcaldesa del cerebro.

Hacia un frío terrible en la cámara del cerebro; tanto que del techo pendían conos de hielo que descomponían en arcoíris la luz de las lámparas. Cerebelia estaba preparada para el clima, con su bufanda de esponjas y pólipos; pero los pececitos temblaban sin poder evitarlo. La alcaldesa del cerebro observó con penetrante mirada a los del grupo explorador, en especial al caracol que permanecía callado.

—¿Un caracol? ¿Y sin pronunciar palabra? Qué extraño... Pero no importa: Quizá su sabiduría consista en parecerse a una roca. ¿Por qué no habla?

—El caracol carraspeó con elegancia y respondió:

—Tengo inflamada la garganta.

—Malo. Desconfío de los que no hablan porque piensan demasiado sin beneficiar a nadie, o parece que piensan y en realidad son idiotas. La inteligencia es un servicio público.

—Ya estoy mejor de la garganta —dijo humildemente el caracol—. Iremos al salón de sesiones y ahí nos escucharemos los unos a los otros.

Alegrándose los peces de salir de la fría morada de Cerebelia. En

el camino hallaron a otro grupo de peces que la ballena se había tragado, muy atentos a las explicaciones que les daba una jaiba.

—A la derecha verán ustedes el recinto de las vírgenes que cuidan de la llama de nuestras lámparas. Las volutas que adornan la puerta fueron diseñadas y construidas en trescientas noventa y dos horas y treinta minutos. Más arriba observarán ustedes el dintel de una pieza, que fue construido en doscientas...

La jaiba citaba las cifras con sorprendente exactitud.

Por último, los pececitos, acompañados de Cerebelia, llegaron a la gruta de las sesiones, donde el Viejo caracol les dio una afable bienvenida. Los del mar explicaron que deseaban celebrar una sesión general, con la asistencia de todos los alcaldes.

—Por supuesto —respondió el Viejo caracol, un tanto preocupado por lo que podría ocurrir—. Relojito se encargará de las invitaciones.

El gordo pececito salió disparado, anunciando que era muy tarde y que se esperaba a todos para la reunión extraordinaria. Uno por uno, los alcaldes y sus súbditos fueron compareciendo. Cuando hasta Panzio se había acomodado en una de las

depressiones de la cueva, el caracol del mar empezó a hablar con reposada voz.

—Hemos venido a aniquilar la ballena —dijo.

Todos se miraron entre sí, como si estuviesen escuchando a un loco de remate.

—Pero eso es imposible —interrumpió el Viejo caracol consternado—. Nosotros tenemos una historia y una tradición que se remonta a varias generaciones.

—Y ha tomado mucho tiempo hacerlas —apoyó Relojito.

—Ésa es pura envidia de nuestra felicidad —dijo desdeñosamente Panzio.

—Que se vayan al diablo —cortó Bilisia—. Este es el mejor país que existe; y si no les gusta, que se vayan por donde vinieron. No necesitamos críticos.

—Además, hay que tomar en cuenta la cantidad de máquinas que se destruirían —hizo notar el alcalde de los inventos.

—¡Ay, señor! —suspiró Corazonoff—. La felicidad es pasajera, aún más pasajera que el amor.

—Todos ustedes son unos miserables entes agarrados a la vida como lapas —declaró Cerebelia dirigiéndose a los emisarios del mar. —

Nosotros no estamos interesados en la felicidad que nos ofrecen en nombre de ese mar tan lleno de falsos colores y seguridades.

El caballito de mar gritó:

—¡Un momento! Dejen hablar al caracol.

—Ustedes poseen la tradición de sus propias limitaciones y los prejuicios de su incapacidad para vivir —dijo lentamente el caracol—. Todos tenemos razones para sentirnos superiores a los demás en el presente, en el pasado y en el futuro. ¡Si los peces no se preocuparan de la historia, que lleva a un sentimiento de superioridad con respecto a los vecinos, o de inferioridad con respecto a uno mismo! Ustedes viven del movimiento y creen que eso es la acción; como consecuencia ni el estómago digiere los alimentos ni el cerebro digiere las ideas. Es inútil vivir sin concebir ideas o pensar sin vivir. Ustedes no son ustedes mismos, sino tradición, tiempo, vanidad o inconsciencia. Su frontera es la ballena; mejor dicho, ustedes son la ballena, que los lleva y los trae por donde quieren, de modo que no tienen ni siquiera la libertad de estar o de no estar donde les parece. Ustedes no toleran que se les diga que son libres, porque saben que no lo son. Ustedes

son iguales por sus prejuicios, y porque todos hablan, hacen y viven únicamente lo que saben, como la piedra que rueda o el sonido que se expande por el agua. Ustedes son como sus inventos, innecesarios, porque cada quien está confinado a una parte de la vida y en nada contribuye a servir a los demás, con el agravante de que no se dan o no parecen darse cuenta de ello.

En el mortal silencio que reinaba, la voz de Corazonoff sonó indecisa y aguda.

—¿Ya veis? Siempre os dije que no teníais ideales.

—Su romanticismo es la negación de la sensibilidad —le dijo el caracol—. No puede ser un buen alcalde del corazón quien se horroriza del dolor, que es el único sentimiento dignificador de las imperfectas criaturas como nosotros. Los peces chicos no pueden permitirse el lujo de sólo ser felices. Ustedes quieren ser fuertes, y olvidan que los grandes hechos sólo surgen de las grandes debilidades bien sufridas y bien superadas. Hay que cultivar las santas debilidades y darse cuenta que la vida es más importante que el tiempo puesto que lo inventó y lo sustenta. Nuestra gracia salvadora no es la inteligencia ni la ignorancia, sino la belleza de ser simples peces, partes

integrantes del mar. Y, sobre todo, ustedes no quieren dudar sino hasta donde no les moleste, porque tienen miedo de destruir el fácil refugio que les dan sus convicciones.

—Por eso siempre les he dicho que dudar es empezar a saber — dijo con aire triunfal Cerebelia.

El caracol miró de soslayo a la alcaldesa del cerebro y dijo:

—Hay que aprender a dudar con bondad y no con la frígida crueldad del que se refugia en la inteligencia porque no puede vivir con valor. No; también usted está llena de convicciones. La única que no debería de tener. Ninguno de ustedes se atreve a dudar, porque comprende que dudando destruirá sus prejuicios, y esto a la vez lo alejaría de la persecución de la felicidad, que ustedes confunden con la felicidad misma. La felicidad no es una institución, ni es eso lo que venimos a ofrecerles. Pero la existencia de ustedes es peligrosa porque, como parte de la ballena, se están tragando a millares de seres que no son felices ni desgraciados; pero que se dedican a vivir con toda su alma, con honestidad para sí mismos y con utilidad para los demás. Por eso hemos venido a destruir la ballena.

Cerebelia se arrancó los anteojos y los estrelló contra el muro, y encaramándose a un alto risco, habló.

—No tengo nada que decir.

Nunca les he servido para nada; ninguno de nosotros ha servido para nada a los demás. Somos una tribu de prisioneros, de terribles prisioneros. El caracol tiene razón. ¡Vamos al mar a vivir sin miedo! Y que nuestros inventos nos ayuden a conquistar lo que nunca nos ha dado: la libertad. ¡Quememos este monstruo con esas mismas lámparas creadas por nuestra ansiedad de trabajar simplemente bajo la absurda presión de que el tiempo vuela! —
¡Que viva la libertad!

—¡Que vivaaaa! —gritaron a coro los peces de la ballena.

—¡Que vivan los peces del mar! —clamó Cerebelia.

—¡Que vivan!

—Pero vamos a parecer muy raros ahí afuera —observó el viejo caracol, que no estaba del todo convencido—. Todos nosotros somos grises.

—Sólo a mar abierto recuperan su color los prisioneros —dijo el caracol retrayéndose dentro de su caparazón.

Los peces se echaron a bailar y a saltar alegremente. Relojito, que se

sentía el más responsable de los infortunios del pasado, brincó fuera del agua, esparció profusamente el aceite de las lámparas en el techo del salón y le prendió fuego.

La ballena empezó a retorcerse locamente, como si fuera una pequeña hoja azotada por un tifón. Su vientre se aplastaba contra la superficie al caer desde lo alto. Todo fue llenándose de humo, mientras los peces se apretujaban unos contra otros en trémula expectación.

De pronto el lomo del monstruo se fundió con espantoso bramido, y ante los maravillados ojos de los alcaldes apareció el cielo de los hombres. Conforme los flancos del cetáceo se desplomaban, se divisó el océano infinito, cuyas ondas tocaban el raudó vuelo de las gaviotas.

Partido en dos, el monstruo fue naufragando lentamente, y el Viejo caracol, erguido en la masiva testa, lanzó un grito histórico:

—¡Sálvese quien pueda!

Sin dar siquiera una última mirada al mundo que se hundía para siempre, los peces se arrojaron de cabeza al mar.

XVIII - EL OCASO DE LAS SIRENAS

Quienes han vivido mucho tiempo en el interior de una ballena saben que no es fácil acostumbrarse de golpe a otro mundo.

Cerebelia, el Viejo caracol y los que habían sido dignatarios en los diversos órganos del gigante, resolvieron tragarse las innumerables dudas que les provocaba la inmensidad del océano; demasiado sabían que la característica del provinciano es asombrarse ante lo que todo el mundo conoce y hacer preguntas que

cualquiera puede responder. Así, ambulaban silenciosamente tras de Zip y sus expertos compañeros, que, según dijeron, iban rumbo a un país maravilloso y lejano.

Todo era vida y movimiento en el océano; el cristal de las profundidades rompía la luz en manchas de colores, proyectándolas sobre las rocas y los vegetales. Las estrellas respetaban entre los pólipos y los bancos de coral, y había regueros de perlas entre el musgo.

Zip y sus amigos no sabían qué decir. Habían destruido la ballena a causa de la guerra y para liberar a todos sus grises moradores; pero no se notaban rastros de batalla alguna. Los peces se entretenían jubilosamente en sus cotidianas ocupaciones y algunos tarareaban canciones populares. Tal vez nada había ocurrido, en realidad; tal vez los guerreros habían sido víctimas de un sueño horrible y deforme... Procurando que no se enterasen los extranjeros, Zip se encaró con una trucha y le preguntó en voz baja:

—¿Y la guerra?

—¿Cuál guerra?

—Aquella que hubo hace poco, donde nos deshicimos entre nosotros.

—¡Ah, eso...! Han pasado muchas cosas desde entonces.

—¿Qué cosas?

—Pues son tantas que tampoco nos acordamos de ellas.

Y la trucha siguió su camino, lanzando una mirada de desconfianza sobre tan extraño transeúnte.

Los peces continuaron el viaje, ansiosos de encontrarse lo antes posible en el país del Oriente, donde los caracoles de seguro sabrían algo concreto. Atravesando un valle donde abundaban rescizas y siluros, iba un caballito de mar montado en una barracuda.

—¡Apúrate, indecente haragana, y deja de molestarme con tus ridículas quejas!

La barracuda se detuvo y con doliente resignación, razonó de esta manera:

—Esto es el colmo. ¡Quién me iba a decir que un día un caballo se montaría sobre mí! ¡Ah, pero esto va a cambiar! —añadió acaloradamente—. La revolución está a punto de estallar en el océano, y entonces nos tocará a nosotros. ¡Viva la igualdad!

Con estas palabras arrancó a toda velocidad, mientras el caballito se le prendía apuradamente a las agallas.

Los viajeros avistaron finalmente el Valle Verde, donde los caracoles los recibieron con gran regocijo.

—Los habíamos dado por muertos; sus nombres aparecieron en las listas de los desaparecidos en acción. Coman y descansen. Ya hablaremos después.

Con la barriga llena y el corazón contento, los viajeros se prepararon a escuchar a los sabios del mar.

—¿Qué ha pasado aquí?

—¿Aquí? Nada —

respondieron los caracoles imperturbables.

—Pero, todas estas transformaciones, estos extraños cambios...

—No tienen nada de raro.

¿Ignoran acaso que la guerra terminó hace mucho tiempo, tanto que ya nadie se acuerda de ella? Terminó con la rendición incondicional de tiburones y peces amarillos. Los demás satélites se desintegraron por sí solos.

Naturalmente, ha habido algunos cambios; muchos peces que antes eran gordos andan flacos y viceversa; algunos están contentos y otros están descontentos; los que nunca han peleado hablan de otra guerra. Si no

fuera así, el océano, que es el cielo y mundo, sería sólo cielo.

Los viajeros recordaron que, en efecto, en el camino habían conversado con un delfín, que antes era gallardo y robusto y ahora parecía uno de esos estudiantes que llegaban de mares remotos a aprender filosofía con los caracoles.

—¿Quiénes son ellos? —
inquirió uno de los caracoles
refiriéndose a los grises acompañantes
de Zip.

—Los alcaldes de la ballena
que nos tragó- dijo un pez azul—. Los
convencimos de que aniquilaran al
monstruo, por ser enemigo de nuestra
causa.

—¿Qué causa?

—Pues... la causa de los
peces de colores —exclamó un pez
rojo.

—¡Ah! —dijo el caracol—.
Bien, no se preocupen. Los distinguidos
visitantes adquirirán pronto los colores
más bellos, cada quien según sus
ideas.

Y así aconteció. Corazonoff
fue el primero en notar no sin cierto
orgullo que bajo sus aletas y cerca de
las agallas, un encantador matiz violeta
comenzaba a apuntar.

Zip, que estaba lleno de confusión, quiso echar una mirada a los atolones coralíferos, tan ligados a sus recuerdos. Todo estaba casi igual; la vegetación había renacido, más tupida y lozana. Sobre la playa, una tortuga de aspecto señorial se hacía tirar hacia el agua por un cardumen de peces amarillos.

—¿Por qué tienen manchas rojizas? —preguntó Zip.

—Ya no nos gusta el amarillo —dijo la tortuga—. Además, las modas cambian.

Más lejos se topó con su viejo amigo, el caracolito malva, con quien cambiaron los más afectuosos saludos.

—Es posible que pasen muchas cosas —dijo el caracolito misteriosamente—. Los cangrejos están encabezando una oposición furiosa contra el orden social, y se dice que algo ocurrirá de un momento a otro más allá de los desiertos.

—¿Y los hombres?

—Todos son iguales, y la mayoría padece de ese color indefinido que traen los alcaldes de la ballena. Cuando los peces notaron que los hombres obraban exactamente como ellos, les perdieron del todo el respeto, considerándolos parte de este mundo. Algunos se han hecho trajes similares a

los que usan los marineros; otros dicen que debemos trabajar, que el tiempo se va y que la vida es corta, y otras cosas. Todo esto es malo, según los ancianos caracoles, porque los bienes aprisionan y comprometen la libertad, y porque nuestra herencia más preciosa es la desnudez, que nos permite distinguir de una simple ojeada los colores de nuestros amigos de los de nuestros enemigos. Además, cuando uno va desnudo no puede mentir.

—Por favor— rogó Zip—, no le digas esas cosas a los alcaldes de la ballena.

—¿Por qué? Creo que no las comprendían. Los que han vivido mucho tiempo dentro de las ballenas no comprenden bien las cosas.

—Quien sabe. No quisieran que nos olvidaran por haberlos expulsado de su mundo.

—Bueno —replicó el caracolito internándose en su concha.

Zip quería verlo todo.

Instintivamente fue acercándose a la playa donde lo habían embrujado y ahí meditó sobre el largo sueño que había sido su vida, a veces tan cercano a las pesadillas. De pronto escuchó su nombre.

—Zip... Zip...

El corazón se le detuvo a media marcha. Aunque se le hubiera acercado el más enorme cachalote no hubiera podido moverse. Otra vez lo llamaron:

—Zip...

El pececito posó los ojos en las palmeras que el viento sacudía. Advirtió que, entre la vegetación, el hombre había edificado casas con puertas y ventanas y chimeneas de donde se levantaban bocanadas de humo. El caserío se desparramaba a lo largo de la playa. Observando con mayor detenimiento descubrió que de uno de los techos pendía una especie de prisión hecha de apretadas varillas, por entre las cuales se columbraba una pequeña criatura. Era la periquita. El plumaje raleaba en su cabeza; sus uñas eran largas y sus ojos habían perdido su vieja similitud con las joyas de los piratas.

—¡Usted! —musitó Zip, a punto de desmayarse.

—Sí —respondió la periquita con voz rascada.

Yo fui sirena y pensé que mi poder era tan grande como para conquistar a un hombre. Le llamé por su nombre, que había aprendido a fuerza de verlo cazar en el bosque y se aproximó a mí con la expresión más

inocente. Me dijo que le diera un beso y cuando bajé del árbol donde me posaba, me echó encima una red y me puso en esta jaula. ¡Ah, qué amarga es la vida! Ahora me he dedicado a la bebida; sólo así logro olvidar mis penas. Eso les ocurre a las pericas que se meten con los hombres. Por ahí tienen enjaulado también a un cocodrilo; pero no creo que haya sido nunca una sirena. ¡Imagínate, correr la misma suerte de un cocodrilo!

La periquita trató de poner coquetería en sus contoneos.

Por primera vez en la vida de Zip tuvo el incontrolable impulso de cerrar los ojos. Había oído decir a los caracoles que los hombres tienen más recuerdos que los peces porque cuando cierran los ojos, ven el pasado. Quería rememorar a la periquita en sus épocas de gloria, como una irresistible sirena que embrujaba peces incautos besándoles entre la espuma.

Sin pronunciar palabra, reunió todas sus fuerzas y nadó verticalmente, a plena velocidad, hasta estrellarse contra una esponja al fondo del mar.

—¡Calva...! ¡Qué tragedia!

Zip permaneció mucho tiempo en las entrañas de la esponja, pensando en el destino de las sirenas y en la pequeña venganza que a veces

logran sus víctimas, a costa de hacer
añicos uno de los recuerdos más
hermosos.

XIX - LA HERENCIA DEL MAR

Amaneció sin novedad en los mares del Oriente. Los peces de la ballena se habían asimilado ya al gran océano y lucían espléndidos colores, los cuales demostraban que habían perdido su vieja filosofía de prisioneros devotos de la persecución de la felicidad. Los caracoles impartían su saber desde la cima de los parapetos de coral, y la muchedumbre opinaba que tenía razón. Las barracudas protestaban de que los hipocampos rehusaban nadar por sí mismos y se entretenían en paseos por el mero gusto de sentirse jinetes. Los desgraciados se quejaban y los felices sonreían. Nadie hablaba de los horrores

de la guerra entre los habitantes del mar y mucho menos de la guerra entre los hombres. Los peces olvidan pronto.

Zip daba largos paseos por aquella inmensidad que nunca acababa de conocer. Asomado a la superficie miró el cielo, amenazaba tempestad; pronto caerían los gordos goterones que le servían para enjaguarse y para lanzar después un fino chorrito.

De pronto una gran bola oscura que flotaba a la deriva. Circundándola lleno de curiosidad, se preguntaba qué sería aquella silenciosa forma de metal, y llegó a la conclusión de que era un caracol del mundo de los hombres. Se puso muy contento, presumiendo que tendría al fin la oportunidad de escuchar grandes verdades si el caracol se dignaba responder a las numerosas preguntas que sobre la humanidad acumulaba desde hacía mucho tiempo.

Con la mayor cortesía llamó tres veces en la concha metálica. Nada. Insistió un poco más fuerte, esta vez tocando en unas graciosas puntas que salían de la bola, y que Zip pensó que eran orejitas.

—Señor, me llamo Zip y no soy de aquí. ¿Quisiera tener la bondad de hablarme?

El caracol de los hombres empezó a rugir; el ronquido partía sus entrañas, haciéndose cada momento más fuerte. Era imposible que ése fuera el lenguaje del mundo humano; quizás el caracol trataba de aclarar su garganta para decir algo maravilloso. Pero el rugido aumentaba, aumentaba. Zip no pudo ya moverse entre el terror y la gran curiosidad por lo desconocido. Hasta que ocurrió la catástrofe. Se produjo un espantoso crujido, más violento que el de los rayos, y levantóse del mar una montaña de agua compacta y enloquecida, esparciendo por el aire borbotones de espuma, palos, cocos, plantas arrancadas de cuajo, flores, pedruscos... y a Zip, que por ser el más cercano al estallido, voló muy alto, hasta la negrura del cielo.

Se desencadenó súbitamente el huracán y los vientos empezaron a arrear las nubes hacia el Oeste. Entre los más espesos nubarrones iban los pájaros, con alas plegadas y los ojos llenos de angustia; eran pájaros aventureros, de esos que se arriesgan demasiado lejos de sus querencias.

El viento soplaba y soplaba, deshilachando las nubes y empujando locamente los despojos del océano que había arrojado al espacio el caracol del hombre. El mar ya sólo era una

sensación de atmósfera en la distancia, y el horizonte empezó a cortarse con picachos de montañas, separados por la curva de los valles.

Zip había dejado de sentir, olvidándose de sí mismo. Todo el universo y el mundo dentro de su cabeza se centraban en torno a una pequeña idea: el caracol del hombre y su palabra. Se le hacía imposible comprender que la sapiencia del caracol se manifestase con una catástrofe, y que la verdad del hombre fuese como el trueno. Imposible, imposible... Y sin embargo, había ocurrido esto, inexplicable. Porque el hombre es muy raro; y eso lo comprobó Zip hasta que perdió la más mínima noción de lo que pasaba y comenzó a rodar en el espacio entre el ojo del huracán, que se llamaba Corina (pero Zip no lo sabía).

—¡Por favor, Zip, ¡no te mueras! ¡No te mueras! Te he esperado tanto... Y, sin embargo, estaría dispuesta a pasar de nuevo lo que he pasado, a contar días y días con mis lágrimas, con tal de sentir esta alegría de volver a encontrarte. ¡Zip, no te mueras!

El pececito logró enfocar un ojo y la cabeza entera se le llenó de la presencia de una sombra verde y

cercana. Luego enfocó el otro ojo y vio una cara tan armoniosa como el rostro de un ángel marino. Sí, era la pececita verde, toda húmeda de lágrimas más espesas que el agua.

—¿Dónde... estoy? —

preguntó Zip en tono casi inaudible.

—Aquí, conmigo.

No, no podía ser verdad; era imposible que fuera verdad. O tal vez... Por supuesto, estaba muerto, y éste era el cielo donde se reúnen los peces que se han amado durante la vida.

Zip alargó una aleta y la pasó con infinita suavidad por la cara de la pececita. Era sólida, y también suave como los cogollos de las algas y el corazón de la esponja.

—¿También tú estás muerta?

—Yo no sé. Sólo sé que estás conmigo aquí, en el lago de Atitlán, y que caíste de las nubes, entre una cortina de lluvia.

—¿Y el pez amarillo? ¿Dónde está el pez amarillo? — preguntó Zip excitado, tratando de incorporarse.

—Por favor, descansa. No remuevas.

— ¿Dónde está el pez amarillo?

—Se lo llevó el anzuelo de un pescador y sólo dejó tras él un reguero de burbujas. Me rogó, me amenazó;

pero todo fue en vano porque nunca llegué a amarlo. “Entonces te comeré cruda”, bramó. Por fortuna el día que había señalado para comerme fue el de su propia desaparición. Me puse tan contenta que, asomándome a la playa, aventé un chorrillo de espuma a los pies del pescador. Siempre te esperé, Zip. Una voz desconocida me decía que ibas a volver.

Zip no quiso seguir preguntando a la pececita sobre su larga vida en el lago, sola, libre y bella; ése sería su pasado misterioso. Después de todo estaba ahí, junto a él, y aseguraba con las lágrimas en los ojos que lo amaba. Así debe proceder cualquiera que ame mucho a una pececita verde.

La explosión resonaba aún en sus vísceras, y se sentía muy débil; pero nunca había sonreído con mejor beatitud, con una felicidad más plena.

—¿Y tú? Cuéntame dónde has estado, qué has hecho —dijo ella.

—Estuve en el río, entre una bola de cristal, en el mar, en las entrañas de una ballena.

La pececita le tocó la frente con una aleta y sonrió con el aire más tolerante y comprensivo del mundo.

—Aprendí muchas cosas. Aprendí a besar, por ejemplo. Me

enseñaron... los caracoles. Los caracoles son muy sabios, y eso es parte de sus grandes conocimientos. ¿Por qué no me das un beso?

—¿Y eso qué es?

El le explicó minuciosamente el procedimiento y le dio un beso largo, largo, hasta que se desmayó con la sonrisa en los labios.

La pececita verde quedó sumida en hondas reflexiones y llegó a la conclusión de que indudablemente, los caracoles debían ser muy sabios.